Santa Teresa del Niño Jesús

1 de octubre

Teresa Martin, hija de Luis Martin y de Celia Guerin –ambos en proceso de beatificación–, nació en Aleçon (Normandía), el 2 de enero de 1873. Entró a los 15 años en el Carmelo de Lisieux e hizo su profesión el 8 de septiembre de 1890. Murió el 30 de septiembre de 1897.

Teresa, que llevó una intensa vida espiritual, centrada toda ella en el descubrimiento de la sencillez y totalidad del Evangelio y en la ofrenda al Amor misericordioso, brilló en la Iglesia de su tiempo, y sigue brillando en la del nuestro, como una contemplativa, apóstol de los apóstoles, a través de una experiencia de vida evangélica en la que no faltaron ni las tinieblas de la noche oscura de la fe ni la luminosa comunión con todos y con todo, por ser el Amor en el corazón de la Iglesia.

Nos ha dejado, entre sus escritos, los *Manuscritos autobiográficos,* muchas *Cartas, Poesías, Oraciones* y *Recreaciones piadosas* llenas de sabiduría, que pregonan un mensaje nuevo y universal.

Fue canonizada por Pío XI el 17 de mayo de 1925 y proclamada patrona de las misiones el 14 de diciembre de 1927.

En virtud de la autoridad de su doctrina, llena de sabiduría evangélica, acogida de una manera unánime en la Iglesia, actual por sus mensajes, Juan Pablo II la declaró doctora de la Iglesia el 19 de octubre de 1997.

LECTIO

Primera lectura: Isaías 66,10-14c

10 Alegraos con Jerusalén
y regocijaos por ella
todos los que la amáis;
saltad de gozo con ella
los que por ella llevasteis luto.
11 Pues mamaréis hasta saciaros
de sus pechos consoladores
y saborearéis el deleite
de sus ubres generosas.
12 Porque así dice el Señor:
Yo haré correr hacia ella,
como un río, la paz;
como un torrente desbordado,
la riqueza de las naciones.
Amamantarán en brazos a sus criaturas
y las acariciarán sobre las rodillas.
13 Como un hijo al que su madre consuela,
así os consolaré yo a vosotros,
y en Jerusalén seréis consolados.
14 Al verlo, os alegraréis,
vuestros huesos florecerán como prado.
El Señor mostrará a sus siervos su poder.

➥ El profeta, con la mirada puesta en las promesas de Dios, consuela a la ciudad santa de Jerusalén y a sus habitantes. La invitación a la alegría por la presencia del Señor fiel es entusiasta y convincente y preludia la victoria final de Dios, su presencia definitiva en medio del pueblo.

Las imágenes usadas por el profeta son típicamente femeninas y maternas: hacen descubrir el rostro materno del Dios de Israel, un Dios que, como una madre, amamanta a los niños con la abundancia de su seno, alimento de delicia y de consuelo. Los hijos de la promesa serán

mimados como niños llevados en brazos y acariciados sobre las rodillas. En medio de las calamidades y los sufrimientos, la palabra profética se convierte en palabra de esperanza y de ternura, como para hacer revivir en la experiencia concreta la dulzura de un Dios que es como una madre. Dios aparece, por consiguiente, como Dios de ternura y de amor, de consuelo y de alegría, un Dios introducido en la historia humana que hace vibrar los sentimientos más íntimos, siguiendo un estilo típicamente semítico, que no separa nunca el alma del cuerpo, sino que contempla en su integridad a la persona, y un Dios condescendiente, amable y tierno como una madre.

Este texto, citado a menudo por la santa de Lisieux en su descubrimiento del amor de Dios, caracteriza el acercamiento nuevo a un Dios próximo y tierno como una madre, en contraste con el Dios lejano y juez de la espiritualidad jansenista combatida por santa Teresa. Ahora bien, es asimismo el Dios de nuestro tiempo, redescubierto en su dimensión simultáneamente paterna y materna, como un Dios de bondad, de consuelo y de ternura.

Evangelio: Mateo 18,1-4

[1] En aquel momento se acercaron los discípulos a Jesús y le dijeron:

–¿Quién es el más importante en el Reino de los Cielos?

[2] Él llamó a un niño, lo puso en medio de ellos [3] y dijo:

–Os aseguro que si no cambiáis y os hacéis como los niños no entraréis en el Reino de los Cielos. [4] El que se haga pequeño como este niño, ése es el mayor en el Reino de los Cielos.

➥ El Evangelio de Jesús es el Evangelio de los pobres y de los humildes. La proclamación del Reino está dirigida a todos, pero la acogen sólo aquellos que son como niños y no oponen resistencia a la sabiduría de Jesús.

El Maestro se expresa en este pasaje con un «gesto profético» y apoya su enseñanza con una acción concreta, visible: llama a un niño, lo pone en medio de todos y explica de manera elocuente quién es el más grande en el Reino de los Cielos. Llama a una conversión radical, esto es, a una escucha total de su Palabra, a una acogida pura y sencilla de su doctrina, como lo haría un niño, un pequeño del Reino. Con este gesto, el Señor exige confianza total y entrega plena. Es el mismo tema que Juan nos propone en su evangelio y en sus cartas cuando habla del nuevo nacimiento, de la acogida del Reino, mediante un renacimiento o nuevo nacimiento de lo alto. En esto consiste la paradoja de hacerse pequeño para ser grande.

En este texto lee la Iglesia, a la luz del Espíritu Santo, la santidad de Teresa de Lisieux, que se hizo pequeña por el Reino y se convirtió en una gran santa por el camino del amor, de la sencillez y de la confianza total en el amor misericordioso.

MEDITATIO

Teresa de Lisieux se ha vuelto para la Iglesia de nuestro tiempo la imagen de una testigo de la pureza del Evangelio y del mensaje sencillo y gozoso de la nueva evangelización. Si, apenas entrada en la gloria, la difusión de sus escritos autobiográficos conocidos como *Historia de un alma* suscitó admiración y consenso por todas partes, nuestro tiempo ha redescubierto en ella la fuerza del testimonio del Evangelio y la misión incisiva de presentar el rostro de Dios de una manera renovada a los hombres y a las mujeres de hoy.

Como creció, tras la muerte prematura de su madre, a la sombra de un padre que manifestaba la fuerza de la naturaleza paterna y también la naturaleza de una madre, no le resultó difícil a Teresa descubrir al mismo tiempo

el seno genuino del Dios cercano y misericordioso, con rasgos paternos y maternos. Probada en lo más vivo de su aguda sensibilidad por la enfermedad de su padre y por la suya propia, supo captar en la *kenosis* de la fe el sentido más genuino de la pobreza evangélica, del compartir la mesa de la amargura junto con los hermanos pecadores, alejados de Dios, aunque amados siempre por un Dios de misericordia y de ternura, el cual, del mismo modo que se inclinó sobre el rostro doliente de su Hijo amado, se inclina amoroso sobre todas sus criaturas, sin excluir a ninguna.

Ya en su nombre religioso, Teresa del Niño Jesús y de la Santa Faz, resume Teresa la *kenosis* de la encarnación y la *kenosis* de la pasión, la pequeñez del niño de Belén y el vaciamiento del Cristo de la cruz. Mas en el amor a Cristo y a los hermanos, Teresa descubre el secreto de su vida, lo descubre en un amor probado en el crisol, pero que el Espíritu Santo pone incandescente de ansias apostólicas, hasta convertirse en una vocación: ser en la Iglesia el amor. El amor infinito del Dios del Antiguo Testamento, que Teresa acoge con alegría, como una niña del Reino, y el amor de Jesús por los pequeños son dos palabras de vida de su existencia, que han forjado su imagen de santidad. Una imagen que atrae a todos, incluso fuera de la Iglesia católica, porque revela el verdadero rostro de nuestro Dios, Padre de nuestro Señor Jesucristo, que ama infinitamente a todas sus criaturas.

ORATIO

Tus palabras son mías y yo puedo servirme de ellas para atraer sobre las almas que están unidas a mí las gracias del Padre celestial. Pero, Señor, cuando digo que deseo que los que tú me diste estén también donde yo esté, no pretendo que ellos no puedan llegar a una gloria mucho más alta de la que quieras darme a mí. Quiero

simplemente pedir que un día nos veamos todos reunidos en tu hermoso cielo. Tú sabes, Dios mío, que yo nunca he deseado otra cosa que amarte. No ambiciono otra gloria. Tu amor me ha acompañado desde la infancia, ha ido creciendo conmigo, y ahora es un abismo cuyas profundidades no puedo sondear.

El amor llama al amor. Por eso, Jesús mío, mi amor se lanza hacia ti y quisiera colmar el abismo que lo atrae. Pero, ¡ay!, no es ni siquiera una gota de rocío perdida en el océano... Para amarme como tú me amas, necesito pedirte prestado tu propio amor. Sólo entonces encontraré reposo.

Jesús mío, tal vez sea una ilusión, pero creo que no podrás colmar a un alma de más amor del que has colmado la mía. Por eso me atrevo a pedirte que ames a los que me has dado como me has amado a mí. Si un día en el cielo descubro que los amas más que a mí, me alegraré, pues desde ahora mismo reconozco que esas almas merecen mucho más amor que la mía. Pero aquí abajo no puedo concebir una mayor inmensidad de amor del que te has dignado prodigarme a mí gratuitamente y sin mérito alguno de mi parte (Teresa del Niño Jesús, *Manuscrito C,* versión electrónica).

CONTEMPLATIO

Jesús ha querido darme luz acerca de este misterio. Puso ante mis ojos el libro de la naturaleza y comprendí que todas las flores que él ha creado son hermosas, y que el esplendor de la rosa y la blancura del lirio no le quitan a la humilde violeta su perfume ni a la margarita su encantadora sencillez... Comprendí que si todas las flores quisieran ser rosas, la naturaleza perdería su gala primaveral y los campos ya no se verían esmaltados de florecillas...

Eso mismo sucede en el mundo de las almas, que es el jardín de Jesús. Él ha querido crear grandes santos, que pueden compararse a los lirios y a las rosas; pero ha creado también otros más pequeños, y éstos han de conformarse con ser margaritas o violetas destinadas a recrear los ojos de Dios cuando mira a sus pies. La perfección consiste en hacer su voluntad, en ser lo que él quiere que seamos...

Comprendí también que el amor de Nuestro Señor se revela lo mismo en el alma más sencilla, que no opone resistencia alguna a su gracia, que en el alma más sublime. Y es que, siendo propio del amor el abajarse, si todas las almas se parecieran a las de los santos doctores que han iluminado a la Iglesia con la luz de su doctrina, parecería que Dios no tendría que abajarse demasiado al venir a sus corazones. Pero él ha creado al niño, que no sabe nada y que sólo deja oír débiles gemidos, y ha creado al pobre salvaje, que sólo tiene para guiarse la ley natural. ¡Y también a sus corazones quiere él descender! Éstas son sus flores de los campos, cuya sencillez le fascina...

Abajándose de tal modo, Dios muestra su infinita grandeza. Así como el sol ilumina a la vez a los cedros y a cada florecilla, como si sólo ella existiese en la tierra, del mismo modo se ocupa también Nuestro Señor de cada alma personalmente, como si no hubiera más que ella. Y así como en la naturaleza todas las estaciones están ordenadas de tal modo que en el momento preciso se abra hasta la más humilde margarita, de la misma manera todo está ordenado al bien de cada alma (Teresa del Niño Jesús, *Manuscrito A,* versión electrónica).

ACTIO

Repite a menudo y medita durante el día estas palabras de la santa de Lisieux:

«Mi vida es un instante, una hora de paso. ¡Oh Dios mío, sabes que para amarte en la tierra no dispongo más que de hoy» (Teresa del Niño Jesús, *Poesía n. 5*).

PARA LA LECTURA ESPIRITUAL

Teresa del Niño Jesús es una figura que me es muy entrañable, que siento cercana y compañera de camino porque, cuanto más profundizamos en su «pequeña vía», tanto más nos damos cuenta de que se trata en realidad de la única vía. Fe pura y amor puro, con la aceptación consciente de no ver nada, de ser débil e imperfecta; como otros santos, Teresa empieza allí donde la mayoría de los cristianos se detiene. Pero hay un aspecto de su experiencia que quisiera subrayar, la experiencia de la laceración interior, indicada por ella con estas palabras: «Nieblas que me rodean, penetran en el alma», «tormento que se redobla», «no quiero continuar escribiendo de ello; temería blasfemar», «tinieblas cada vez más densas», «lucha y tormento no durante algunos días, no durante algunas semanas».

Es el sufrimiento de quien se siente unido con Dios y no puede poner en tela de juicio este vínculo, pero al mismo tiempo se siente solidario con el hombre, con sus propios hermanos, con las personas cuya suerte, esperanzas y angustias comparte hasta el final. Teresa vive atraída irresistiblemente hacia la patria luminosa y al mismo tiempo envuelta completamente por las tinieblas de una tierra opaca y afligida por nieblas impenetrables. Más aún, la imagen que usa es la de sentirse sentada a la mesa llena de amargura en la que comen los pecadores, los incrédulos [...].

Teresa es santa porque aceptó esta laceración interior y la vivió con la seguridad de que, en Cristo muerto en la cruz, esta laceración se recompondría en unidad. Escribe: «Atráenos, Jesús, con el fuego de tu amor, únenos a ti tan estrechamente que seas tú mismo quien viva y goce en nosotros...» (C. M. Martini, «Presentazione», en Teresa de Lisieux, dottore della Chiesa, *I miei pensieri*, Milán 1997, 7-9).

Santos ángeles custodios

2 de octubre

Los ángeles –criaturas puramente espirituales y dotadas de inteligencia y voluntad– son servidores y mensajeros de Dios. *«Contemplan sin cesar el rostro de mi Padre celestial»* (Mt 18,10). Son *«poderosos ejecutores de sus órdenes, prontos a la voz de su palabra»* (Sal 103,20). Dios les confía el encargo de proteger a la humanidad.

El pueblo de Dios ha sentido siempre espontáneamente la exigencia de corresponder a su silenciosa y benévola compañía honrándoles de una manera especial. Esta celebración dedicada a ellos entró en el calendario romano en el año 1615.

LECTIO

Primera lectura: Éxodo 23,20-23

Así dice el Señor: [20] Yo enviaré mi ángel delante de ti, para
que te guarde en el camino y te introduzca en la tierra que yo
te he preparado. [21] Préstale atención y escucha su voz; no te
rebeles contra él, porque mi autoridad reside en él y no per-
donará vuestra infidelidad. [22] Si le obedeces siempre y haces
todo lo que yo te diga, seré enemigo de tus enemigos y opre-
sor de tus opresores; [23] porque mi ángel irá delante de ti y te
guiará a la tierra de la promesa.

➥ El Señor, como conclusión del código de la alianza (Ex20–23), da instrucciones a Moisés para la entrada del pueblo en Canaán y promete su asistencia particular y su protección a través de un ángel. Éste hará presente al mismo Dios, porque –dice el Señor– «*mi autoridad reside en él*» (v. 21). El ángel es, por tanto, una criatura espiritual enviada por el Señor para prestar un servicio a los hombres con fuerza y eficacia divinas. Se trata de una presencia que guía y custodia, a fin de que el designio de Dios llegue a su cumplimiento (v. 20). Con todo, se requiere la colaboración del hombre, una colaboración compuesta de respeto y delicadeza, de escucha y obediencia. El ángel habla con la autoridad de Dios (v. 21a) o en su nombre, como proponen otras traducciones, y por eso sus indicaciones son vinculantes para el hombre. Seguirle significa ponerse victoriosamente del lado de Dios y entrar, finalmente, en su alegría (vv. 22b-23).

Evangelio: Mateo 18,1-5.10

[1] En aquel momento se acercaron los discípulos a Jesús y
le dijeron:
–¿Quién es el más importante en el Reino de los Cielos?
[2] Él llamó a un niño, lo puso en medio de ellos [3] y dijo:
–Os aseguro que si no cambiáis y os hacéis como los niños
no entraréis en el Reino de los Cielos. [4] El que se haga pequeño
como este niño, ése es el mayor en el Reino de los Cielos. [5] El
que acoge a un niño como éste en mi nombre, a mí me acoge.
[10] Cuidado con despreciar a uno de estos pequeños, porque
os digo que sus ángeles en el cielo contemplan sin cesar el
rostro de mi Padre celestial.

➥ En este fragmento, Jesús nos invita y nos enseña a contemplar la realidad de un modo más penetrante y más conforme con el suyo. La lógica humana tiene sed de grandezas y de prestigio, se liga a las apariencias y

pisotea lo que no se muestra con bella apariencia. La lógica del Reino de los Cielos va en una dirección opuesta y para acogerla es preciso cambiar de mentalidad, o sea, convertirse. Es verdaderamente grande quien es sencillo, inocente y carece de pretensiones; quien se confía con gratitud al cuidado y al amor de Otro. Estos «pequeños» son los predilectos del Señor: sus ángeles custodios –de apariencia invisible– ven siempre el rostro de Dios y están muy próximos a él. Dado que el Padre rodea a los niños dándoles los ángeles más espléndidos, los discípulos de Jesús deberán abstenerse de despreciar a los pequeños e intentar más bien llegar a ser como ellos.

MEDITATIO

A comienzos del mes de octubre, la Iglesia nos hace celebrar en la liturgia la memoria de los ángeles custodios, como para recordar al hombre perdido y desanimado que no está solo en su camino. Existe, en efecto, una creación visible que podemos ver, al menos en parte, con los ojos de la cara; existe, a continuación, una creación invisible –y, sin embargo, realísima– que sólo podemos percibir con los sentidos espirituales, mediante la fe, la oración y la iluminación interior que nos viene del Espíritu Santo.

¿Qué son, pues, los ángeles? Son, en primer lugar, *un signo luminoso de la divina Providencia* para nosotros, un signo de la bondad paternal de Dios, que no deja que falte a sus hijos nada de cuanto es necesario. Como intermediarios entre la tierra y el cielo, son criaturas invisibles puestas a nuestra disposición para guiarnos en el camino de retorno a la casa del Padre. Vienen del Cielo para volver a llevarnos al Cielo y para hacernos pregustar, ya desde ahora, algo de las realidades celestiales.

En ocasiones es posible experimentar de manera concreta y sensible la custodia de los ángeles, con tal que sepamos reconocerla. Se trata de encuentros «casuales» (que se vuelven, no obstante, fundamentales y determinantes en la vida de una persona) o de una ayuda imprevista e inesperada que recibimos en una situación de peligro; o de una intuición fulminante que nos permite darnos cuenta de un error, de un olvido...: ¿cómo no sentirnos guiados, protegidos y amablemente socorridos? Los ángeles nos protegen de muchos peligros de los que ni siquiera nos damos cuenta. Sobre todo, del peligro de volvernos impíos, de no escuchar al Señor y de no obedecer a su Palabra; nos sugieren siempre pensamientos rectos y humildes, buenos sentimientos.

También nosotros estamos llamados a prestarnos los unos a los otros un servicio semejante al de los ángeles y a hacernos buena compañía a lo largo del camino de la vida, para llegar juntos a contemplar el rostro de Dios.

ORATIO

Santos ángeles, custodios nuestros, quitad el velo de los ojos de nuestro corazón, para hacernos capaces de recibir vuestra silenciosa presencia en nuestra vida. Sed para nosotros guías seguros y amables compañeros a lo largo del cotidiano peregrinar por la tierra. Encended en nosotros un vivo deseo de contemplar el rostro de Aquel que brilla en su bienaventuranza infinita. Que vuestra protección nos libere del mal, que vuestro consejo nos sugiera cuanto ayuda a la verdadera vida, que vuestro consuelo nos sostenga para que, con el corazón colmado de dulzura, nada pueda separarnos de tender incesantemente a la eterna morada; y enseñadnos a ser también nosotros unos para otros amables compañeros de viaje. Amén.

CONTEMPLATIO

Los ángeles velan no sólo sobre toda la Iglesia tomada en su conjunto, sino también sobre cada uno de nosotros. De ellos habla el Salvador cuando dice: «*Sus ángeles en el cielo contemplan sin cesar el rostro de mi Padre celestial*» (Mt 18,10). Hay dos Iglesias: la de los hombres y la de los ángeles. Si lo que decimos es conforme al pensamiento divino y a la intención de las Escrituras, los ángeles gozan con ello y ruegan por nosotros... Se trata de ángeles que asisten a los santos y se alegran en la Iglesia, ángeles que nosotros no vemos, porque el fango del pecado nos cubre los ojos, pero que ven los apóstoles de Jesús, a los que dice el Señor: «*Os aseguro que veréis el cielo abierto y a los ángeles de Dios subiendo y bajando sobre el Hijo del hombre*» (Jn 1,51) (Orígenes, *Comentario a Lucas* XXIII, 8, Roma 1969).

ACTIO

Repite a menudo hoy esta oración de la tradición cristiana:

«*Ángel de Dios, bajo cuya custodia me puso el Señor con amorosa piedad, a mí que soy vuestro encomendado, alumbradme hoy, guardadme, regidme y gobernadme. Amén*».

PARA LA LECTURA ESPIRITUAL

Pocas verdades de la religión producen tanto alivio como ésta, humanísima, del ángel custodio, una alegre invención de Dios. Y el saber que lo tiene muy cerca el rey cuando escribe la ley, sentado en el trono de oro, y que lo tiene el pelagatos sentado en la piedra del cementerio para comer el pan de la caridad, es cosa que ennoblece la vida y la exalta. La poesía pagana ape-

nas lo ha entrevisto. La literatura hebrea está llena de mensajeros alados, y sus páginas se estremecen de escalofríos luminosos. La teología cristiana, que es la profundización de aquélla, es toda ella un fresco estremecido. Nadie sabe los aspectos que puede tomar su ángel custodio según los tiempos y las necesidades de su vida. Entras en un camino solitario y un tipo te acompaña y hace el camino contigo, intercambiando palabras con aire familiar. Tal vez sea él tu ángel, que, tomando forma humana, quiere hacerte compañía...

No todos los aleteos que oyes a lo largo de las filas o bajo el alero de casa son pajarillos y palomas; y el murmullo que te agita en ciertos momentos imprevistos no es siempre el viento que tienes delante. En la divina economía del bien en que está establecido el mundo, hemos de esperarnos siempre que sea ésa la revelación sensible del alado asistente. Como la experimenté yo mismo una vez, al caer la noche, en el umbral de una vieja abadía, al oír cantar por aquellos monjes graves el oficio de completas; y oí al padre prior recitando la oración final, que es un himno a los ángeles: «Visita, Señor, esta habitación y ahuyenta de ella todas las asechanzas del enemigo. Estén aquí tus santos ángeles, que nos guarden en paz». En ese momento, bajo el toque de la última campana, me pareció ver muchos ángeles que, saliendo de lo alto, se recogían en todas las familias como la última bendición de la jornada. Y vuelto a mi habitación desnuda como una celda, al cerrar la puerta y entornar los postigos, me estremecí por la alegría que me proporcionaba saber, casi ver, que había un ángel encerrado todo para mí (C. Angelini, «Discorso con l'angelo custode», en *Ritorno degli angeli?*, Vicenza 1988, pp. 43-46, *passim*).

San Francisco de Asís

4 de octubre

Francisco, hijo de un rico comerciante de Asís, nació en 1181 (o 1182). Disuadido de sus ideales de gloria caballeresca a raíz de las experiencias decisivas de su encuentro con los leprosos y de la oración ante el crucifijo en la iglesia de San Damián, Francisco abandonó su familia y comenzó una vida evangélica de penitencia. Con los numerosos compañeros que muy pronto se unieron a él, comprendió que estaba llamado a vivir el Evangelio *sine glossa,* como fraternidad de menores a ejemplo de Jesús y de sus discípulos. Al año siguiente a la aprobación de la *Regla y vida de los hermanos menores* en 1223 por el papa Honorio III, Francisco recibió los estigmas del Crucificado, sello de la conformidad con su único Señor y Maestro. Cuando murió, en 1226, Francisco era un hombre extenuado por la fatiga y por las enfermedades y, al mismo tiempo, un hombre reconciliado con el sufrimiento, consigo mismo y con toda criatura. Fue canonizado en 1228 y es patrono de Italia y de los ecologistas.

LECTIO

Primera lectura: Gálatas 6,14-18

Hermanos: [14] En cuanto a mí, jamás presumo de algo que no sea la cruz de nuestro Señor Jesucristo, por quien el mun-

do está crucificado para mí y yo para el mundo. [15] Pues lo que importa no es el estar circuncidado o no estarlo, sino el ser una nueva criatura. [16] A todos los que vivan según esta norma, paz y misericordia, así como al Israel de Dios.

[17] Y en adelante, no me ocasionéis más preocupaciones, que ya tengo bastante con llevar en mi cuerpo las marcas de Jesús. [18] Que la gracia de nuestro Señor Jesucristo esté con vosotros, hermanos. Amén.

➥ En este pasaje, con el que concluye la Carta a los Gálatas, y que es casi una síntesis temática de la misma carta, Pablo declara la rectitud de su obrar, tras haber desenmascarado la hipocresía de los que sostenían la necesidad de que los cristianos practicaran la circuncisión y observaran la ley judía (*cf.* vv. 12ss).

Pablo no busca glorias mundanas: vive en comunión con Jesús crucificado, cuyo amor redentor ha hecho desaparecer en él la ambición, el orgullo, el egoísmo. Por eso, precisamente la cruz es su verdadero motivo de orgullo (v. 14).

Jesús crucificado ha dado comienzo a una economía totalmente nueva respecto a la del Antiguo Testamento, una economía fundada, no en la ley, sino en el Espíritu: esta novedad de vida (*cf.* 2 Cor 5,17), y no la circuncisión, es lo que nos hace participar de la salvación (v. 15).

El cristiano, al acoger y poner en práctica el amor misericordioso de Dios, puede gozar de la plenitud de los bienes mesiánicos, que Israel reconocía compendiados en el *shalôm,* la paz (v. 16).

Consciente de un don tan grande, Pablo no quiere oír hablar de otras doctrinas: su pertenencia exclusiva al Señor Jesús está declarada además de una manera inequívoca por los sufrimientos soportados siguiendo su ejemplo y para serle fiel (v. 17). También a los gálatas, a los que siente y reconoce como «*hermanos*», les desea el mismo don (v. 18).

Evangelio: Mateo 11,25-30

En aquel tiempo, dijo Jesús: [25] Yo te alabo, Padre, Señor del cielo y de la tierra, porque has escondido estas cosas a los sabios y prudentes y se las has dado a conocer a los sencillos. [26] Sí, Padre, así te ha parecido bien. [27] Todo me lo ha entregado mi Padre, y nadie conoce al Hijo sino el Padre, y al Padre no lo conoce más que el Hijo y aquél a quien el Hijo se lo quiera revelar. [28] Venid a mí todos los que estáis fatigados y agobiados, y yo os aliviaré. [29] Cargad con mi yugo y aprended de mí, que soy sencillo y humilde de corazón, y hallaréis descanso para vuestras vidas. [30] Porque mi yugo es suave y mi carga ligera.

➥ En el corazón de este pasaje evangélico está la declaración de la relación única que une a Jesús con el Padre: Jesús es el Hijo que ha recibido todo del Padre, que es conocido por él y al que conoce como nadie (v. 27ab; *cf.* Jn 1,18; 6,46; 7,29). Jesús es el revelador (v. 27c) de este profundo conocimiento, que es don recíproco de amor. Jesús, que ha venido al mundo para dar a conocer el amor del Padre y la posibilidad de vivir en comunión con él, reconoce en una oración de bendición que sólo los pequeños, es decir, los que no presumen de sí mismos ni reivindican pretenciosas autosuficiencias, comprenden y acogen tal revelación. Por el contrario, los que se cierran en su propio «saber» se excluyen de ella (v. 25).

Los «pequeños», considerados como parias por la mezquina soberbia de la jerarquía farisaica y oprimidos por la minuciosa preceptiva a la que había sido reducida la Torá, encuentran respiro y vida nueva en las palabras y en los gestos de Jesús (v. 28). Su Evangelio es la alegre noticia de la liberación de toda esclavitud: se trata de una ley que no es pesada (v. 30), puesto que implica compartir la misma vida de amor de Dios. Cualquiera que la acoja encuentra en Jesús el ejemplo que debe seguir en la obediencia libre, en la atención cordial, en la fidelidad a la verdad, rehuyendo todo tipo de violencia y de imposición (v. 29).

MEDITATIO

Los «pequeños» que acogen la invitación de Jesús a seguir su ejemplo de sencillez y humildad experimentan el amor divino. Se descubren amados por Jesús, que no ha dudado en dar su propia vida a fin de que todos los hombres pudieran vivir eternamente la amistad con él y con el Padre. El Espíritu Santo nos ha hecho en el bautismo criaturas nuevas y nos ha introducido en la familiaridad con Dios. Somos del Señor, estamos llamados a dejarnos animar por el mismo pálpito de amor por el que él se entregó totalmente a nosotros hasta el fin.

Francisco de Asís respondió a esta llamada: se hizo «pequeño», menor, humilde y pobre, satisfecho sólo con Dios. Descubrió que el Evangelio, vivido sin rebajas, nos hace criaturas nuevas, personas resucitadas, partícipes de la verdadera humanidad del Hijo de Dios y, por consiguiente, auténticos servidores de los hermanos, de todos los hermanos. En Francisco, esta humanidad redimida, forjada por las exigencias y por la ternura del amor a Dios y a los demás, se volvió visible en los signos de la crucifixión. Y el mismo Francisco se convirtió en la bendición viva del Padre, puesto que no se apropió de nada, sino que –como menor– todo se lo restituyó, reconociéndole como el Dador de todo bien.

ORATIO

¡Santísimo Padre nuestro: creador, redentor, consolador y salvador nuestro! Hágase tu voluntad, como en el cielo, también en la tierra: para que te amemos con todo el corazón (*cf.* Lc 10,27), pensando siempre en ti; con toda el alma, deseándote siempre a ti; con toda la mente, dirigiendo todas nuestras intenciones a ti, buscando en todo tu honor; y con todas nuestras fuerzas,

empleando todas nuestras energías y los sentidos del alma y del cuerpo en servicio, no de otra cosa, sino del amor a ti; y para que amemos a nuestros prójimos como a nosotros mismos, atrayendo a todos, según podamos, a tu amor, alegrándonos de los bienes ajenos como de los nuestros y compadeciéndolos en los males y no ofendiendo a nadie (Francisco de Asís, «Paráfrasis del Padre nuestro», en *Fuentes franciscanas,* versión electrónica).

CONTEMPLATIO

Donde hay caridad y sabiduría, no hay temor ni ignorancia. Donde hay paciencia y humildad, no hay ira ni desasosiego. Donde hay pobreza con alegría, no hay codicia ni avaricia. Donde hay quietud y meditación, no hay preocupación ni disipación. Donde hay temor de Dios que guarda la entrada (*cf.* Lc 11,21), no hay enemigo que tenga modo de entrar en la casa. Donde hay misericordia y discreción, no hay superfluidad ni endurecimiento (Francisco de Asís, «Admoniciones, en *Fuentes franciscanas*», versión electrónica).

ACTIO

Repite a menudo y medita durante el día la invocación de san Francisco:

«*¿Qué eres tú, oh dulcísimo Dios mío? ¿Qué soy yo, vilísimo gusano e inútil siervo tuyo?*»

PARA LA LECTURA ESPIRITUAL

Su vida estuvo enteramente caracterizada –hasta el momento de la conversión– por la búsqueda de un modelo que pudiera educar y plasmar su natural propensión al canto.

Lo encontró de repente en el Señor Jesús, en la belleza de su vida narrada por el Evangelio y, en particular, en el luminoso canto nuevo de su muerte en la cruz.

Dejó que la pasión marcara cada uno de sus pasos y *afinara* de manera progresiva todas las fibras de su persona con la humanidad del Hijo de Dios, que se entregó por completo a sí mismo por nosotros.

Francisco oró así:

«Te ruego, oh Señor, que la ardiente y dulce fuerza de tu amor arrebate mi mente de todas las cosas que hay bajo el cielo, para que muera yo de amor por tu amor, como tú te dignaste morir por amor a mi amor» (oración *Absorbeat*).

Su camino estuvo siempre acompañado por confirmaciones y consuelos.

Su predicación y su ministerio tocaron el corazón de las personas y suscitaron decisiones de conversión y de reconciliación.

Su manera de seguir radicalmente al Señor se volvió, cada vez más, *casa hospitalaria* para otros muchos hermanos y hermanas, que encontraron en su itinerario personal una modalidad radical y actual de interpretar y vivir el Evangelio de la nueva estación histórica que avanzaba.

Sin embargo, en el tiempo del monte Alverna, parece apagarse el canto fluente.

En esta estación encuentra Francisco la prueba más terrible: las fatigas originadas por un movimiento que se institucionaliza –que pierde en intensidad evangélica y llega incluso a dudar sobre la posibilidad de que sea integralmente practicable su estilo de vida– repercuten en su misma fe.

La pregunta sobre la verdad de sus intuiciones más profundas y la duda sobre el origen divino de su proyecto de vida resuenan en un silencio opresor en el que Dios no parece hablarle ya, a pesar de haberlo buscado con tanta tenacidad.

Francisco experimenta el abandono de Dios y se retira de los hermanos para no mostrar su semblante, que ha perdido la serenidad habitual.

El canto nuevo, por consiguiente, no le fue dado en un momento de paz y consolación, sino en un momento en el que

–como dice el salmista– «fallan los cimientos» (Sal 11,3) y todas las seguridades parecen hundidas (C. M. Martini – R. Cantalamessa, *La cruz como raíz de la perfecta alegría,* Verbo Divino, Estella 2002, pp. 15-16).

Nuestra Señora
la Virgen del Rosario

7 de octubre

La liturgia de Nuestra Señora la Virgen del Rosario forma parte de las memorias que, celebradas originariamente por familias religiosas particulares, pueden ser consideradas verdaderamente eclesiales por la difusión que han alcanzado (*Marialis cultus,* 8). El rosario apareció y se difundió entre los siglos XV y XVI. La orden dominicana se erigió en paladina del mismo. La memoria –en un primer momento fiesta– entró en la liturgia por disposición del papa dominico Pío V en 1572, como acto de reconocimiento a Nuestra Señora, a cuya intervención se atribuyó la victoria de la flota cristiana sobre la turca, más poderosa, el 7 de octubre de 1571, denominada entonces «conmemoración de Nuestra Señora la Virgen de la Victoria».

LECTIO

Primera lectura: Hechos de los apóstoles 1,12-14

[Después de que Jesús hubiera ascendido al cielo, los discípulos] [12] regresaron a Jerusalén desde el monte llamado de los Olivos, que dista tan sólo de Jerusalén lo que se permite caminar en sábado. [13] Cuando llegaron, subieron al piso superior donde se alojaban; eran Pedro y Juan, Santiago y Andrés, Felipe y Tomás, Bartolomé y Mateo, Santiago el hijo de Alfeo, Simón el Celota y Judas el hijo de Santiago. [14] Todos perseveraban unánimes en la oración con algunas mujeres, con María, la madre de Jesús, y con los hermanos de éste.

➥ Una vez terminada la cuaresma pascual (los 40 días que convivieron los discípulos con el Jesús resucitado), durante la década de espera de pentecostés –cuando todos habrían de recibir el Espíritu Santo prometido– la pequeña comunidad de los once apóstoles, junto con otros discípulos y familiares de Jesús –entre los que se encuentra María, su madre–, aguarda hospedada en la casa de alguno de ellos. El cronista Lucas anticipa recapitulaciones sobre el estilo de la convivencia de la primitiva comunidad eclesial de Jerusalén que desarrollará más adelante.

Esta comunidad prepentecostal brilla por una característica esencial: la oración es compartida además por hermanos y hermanas asiduos y concordes. Después de Pentecostés, donde también estuvo presente María (Hch 2,1), la comunidad eclesial desarrollará su propia identidad y la diaconía; sin embargo, la oración precedente es como una preparación indispensable; la asiduidad y la concordia son como la gestación del futuro.

Evangelio: Lucas 1,26-38

En aquel tiempo, [26] envió Dios al ángel Gabriel a una ciudad de Galilea llamada Nazaret, [27] a una joven prometida a un hombre llamado José, de la estirpe de David; el nombre de la joven era María. [28] El ángel entró donde estaba María y le dijo:

–Dios te salve, llena de gracia, el Señor está contigo.

[29] Al oír estas palabras, ella se turbó y se preguntaba qué significaba tal saludo. [30] El ángel le dijo:

–No temas, María, pues Dios te ha concedido su favor. [31] Concebirás y darás a luz un hijo, al que pondrás por nombre Jesús. [32] Él será grande, será llamado Hijo del Altísimo; el Señor Dios le dará el trono de David, su padre, [33] reinará sobre la estirpe de Jacob por siempre y su reino no tendrá fin.

[34] María dijo al ángel:

–¿Cómo será esto, si yo no tengo relaciones con ningún hombre?

[35] El ángel le contestó:

–El Espíritu Santo vendrá sobre ti y el poder del Altísimo te cubrirá con su sombra; por eso, el que va a nacer será santo y se llamará Hijo de Dios. [36] Mira, tu pariente Isabel también ha concebido un hijo en su vejez, y ya está de seis meses la que todos tenían por estéril; [37] porque para Dios nada hay imposible.

[38] María dijo:

–Aquí está la esclava del Señor, que me suceda según dices.

Y el ángel la dejó.

➥ La devoción del rosario ha tomado como primera estación de su estructura la perícopa lucana que informa sobre el anuncio a María: la denominación de «misterios gozosos» ofrece una clave de lectura del acontecimiento. El desenlace del coloquio entre Dios, a través de la mediación del arcángel Gabriel (cuyo nombre significa, literalmente, «fuerza de Dios»), y la joven María es la serena y gozosa disponibilidad obediencial de la *«esclava del Señor»*. El itinerario que arriba a semejante disponibilidad servicial o diaconal es la reflexión o meditación sobre las palabras dichas por el enviado divino y oídas por la mujer. María intenta realizar una exégesis del mensaje, verdaderamente sorprendente desde la perspectiva de semejante compromiso singular y paradójico. La contemplación del primer misterio de su aventura evangélica y mesiánica por parte de María está iluminada por la disponibilidad a dar explicaciones –aunque necesitadas de una progresiva rumiadura meditativa– por parte del mismo Señor, el cual no impone una tarea absurda, sino que se apresura a convencer.

MEDITATIO

La secuencia histórica de los acontecimientos referidos por Lucas, evangelista documentado, cronista digno de crédito, discípulo convencido, ofrecidos a la me-

ditación del devoto de María en la memoria de Nuestra Señor del Rosario comienza por la perícopa del evangelio y pasa a la perícopa de los Hechos de los apóstoles. Son dos estaciones a lo largo de la peregrinación de la devoción del rosario: la primera, que da comienzo a los cinco «misterios gozosos» y el segmento entre la segunda y la tercera estación en la meditación sobre los «misterios gloriosos». Tal colocación representa un mensaje y proporciona una metodología para la meditación. Estos misterios se pueden circunscribir en el paso de la individualidad a la comunidad, de la contemplación a la acción.

El anuncio constituye una personalísima experiencia de Dios para la Virgen María, una estación en la abismal contemplación de la Palabra de Dios junto a Dios mismo: es un acontecimiento gozado en la soledad. Esa soledad o experiencia individual no equivale a aislamiento; en efecto, la «anunciada» comparte las jornadas de la comunidad, la espera de la manifestación poderosa y gloriosa del Espíritu Santo. Pone en común su propia experiencia de Dios.

El anuncio constituye para María como un subida a las cimas de la contemplación de los misterios de Dios, un acercamiento guiado por la luz de la Palabra divina al conocimiento del proyecto que Dios pretende realizar mediante su disponibilidad. Esa contemplación sostiene su obediente conciencia. La «anunciada» no se queda inmóvil en su sitio con el libro entre las manos, no se queda pasiva y recogida en el reclinatorio imaginado por los pintores: obra en sí misma según la palabra recibida, meditada, contemplada y, a buen seguro, orada; también ella –como los otros discípulos de entonces y de siempre– actúa en la comunidad nacida del amor de Jesús y de la fe en el Cristo resucitado, de modo asiduo y en un clima de concordia, a través de la indispensable oración.

ORATIO

Santa María, íntegra en la fe, firme en la esperanza, sincera en la caridad, salve.

Virgen alegre en el fiel servicio a Jesús, tu hijo: sostén nuestra fe en los días de la desgana y en los días del deseo de multiplicar nuestra fe.

Madre dolorosa en la participación en la pasión de Cristo, benéfica para nosotros: obtén misericordia para la pequeñez de nuestra caridad y para todo aumento de dolores ajenos ocasionados por nuestros pecados.

Reina gloriosa en la participación en la vida nueva con el Señor del universo: conserva firme nuestra esperanza de unos cielos nuevos y una tierra nueva, hacia los cuales nos encamina esta existencia terrena.

Virgen de Nazaret, Mujer del Calvario, Señora de Pentecostés: acoge la oración de tus siervos.

CONTEMPLATIO

Después de habérsele prometido el hijo, preguntó cómo podía suceder eso, puesto que no conocía varón. En efecto, sólo conocía un modo de concebir y dar a luz; aunque personalmente no lo había experimentado, había aprendido de otras mujeres –la naturaleza es repetitiva– que el hombre nace del varón y de la mujer. El ángel le dio por respuesta: *El Espíritu Santo vendrá sobre ti y el poder del Altísimo te cubrirá con su sombra; por eso, el que nazca de ti será santo y será llamado Hijo de Dios*. Tras estas palabras del ángel, ella, llena de fe y habiendo concebido a Cristo antes en su mente que en su seno, dijo: *He aquí la esclava del Señor; hágase en mí según tu palabra*. Cúmplase, dijo, el que una virgen conciba sin semen de varón; nazca del Espíritu Santo y de una mujer virgen aquel en quien renacerá del Espíritu

Santo la Iglesia, virgen también. Llámese Hijo de Dios a aquel santo que ha de nacer de madre humana, pero sin padre humano, puesto que fue conveniente que se hiciese hijo del hombre el que de forma admirable nació de Dios Padre sin madre alguna; de esta forma, nacido en aquella carne, cuando era pequeño, salió de un seno cerrado, y en la misma carne, cuando era grande, ya resucitado, entró por puertas cerradas.

Estas cosas son maravillosas, porque son divinas; son inefables, porque son también inescrutables; la boca del hombre no es suficiente para explicarlas, porque tampoco lo es el corazón para investigarlas. Creyó María, y se cumplió en ella lo que creyó. Creamos también nosotros, para que pueda sernos provechoso lo que se cumplió (san Agustín, *Sermón* 215, 4).

ACTIO

Repite a menudo y medita durante el día la Palabra: «*Dios te salve, María, llena de gracia: el Poderoso ha hecho grandes cosas en ti*» (*cf.* Lc 1,28 y 1,49).

PARA LA LECTURA ESPIRITUAL

Surge de manera espontánea pasar de la oración del *ángelus* a la del rosario. Las avemarías forman su trama. El método de meditación de los misterios, evocados brevemente y que forman la base del rosario, está estrechamente ligado al modo con que las tres pequeñas frases del *ángelus* vuelven a evocar el misterio de la encarnación. Entre las oraciones y las devociones en honor de María, es ciertamente el rosario la más popular y, al mismo tiempo, una de las devociones en la que más se resalta el sentido de la Iglesia. El rezo del rosario orienta a Cristo por medio de María. La Virgen nos ayuda a penetrar y a vivir el misterio de Cristo tal como ella lo vivió [...].

La simplicidad [del rosario], su atmósfera de pura y auténtica contemplación, cuando se medita los misterios como partes de un solo todo, hacen del rosario una vía fácil para extender la contemplación litúrgica a toda la vida diaria y para conducir continuamente toda nuestra vida a su fuente celestial (V. Noé, «Le devozioni mariane in armonia con la liturgia», en AA. VV., *La Madonna nel culto della Chiesa,* Brescia 1966, 288ss).

Santo Tomás de Villanueva

10 de octubre

Tomás, hijo de Tomás García y Lucía Martínez, naturales de Villanueva de los Infantes, nació en 1486 en Fuenllana, Ciudad Real, el primero de seis hermanos.

Su vida estuvo marcada por el origen sencillo del pueblecito manchego donde nació y por su tiempo, caracterizado por una búsqueda de nuevos caminos en lo teológico, lo espiritual, lo social y eclesial: es la hora de las nuevas definiciones de lo antiguo y de abrir caminos al nuevo y apasionante mundo que emerge.

A los 30 años, tras ocho de profesor, se le ofrece la cátedra en Filosofía en Salamanca. Allí se traslada, pero, al año siguiente, sin embargo, se siente llamado a la vida religiosa, y el 1 de noviembre toma el hábito de san Agustín en el convento del mismo nombre en Salamanca. Se ordena sacerdote al año siguiente.

El propio emperador que le promovió antes para arzobispo de Granada, cargo que Tomás pudo eludir, le obligó a aceptar el Arzobispado de Valencia, tras haber renunciado al primero. Era el año 1544.

Llegó a dar su cama antes de morir y murió en el suelo el año 1555.

LECTIO

Primera lectura: 1 Tim. 4,1-5

[1] El Espíritu dice expresamente que en los últimos tiempos
algunos apostatarán de la fe y prestarán oído a espíritus se-
ductores y doctrinas diabólicas. [2] Esta será la obra de impos-
tores hipócritas cuya conciencia es insensible; [3] prohibirán el
matrimonio y el uso de alimentos que Dios ha creado para
que los fieles que han conocido la verdad disfruten de ellos y
le den gracias. [4] Porque todo lo que Dios ha creado es bueno
y nada hay despreciable, si se come dando gracias, [5] pues se
santifica con la Palabra de Dios y la oración.

➥ Este texto pastoral de san Pablo nos ofrece contemplar «ante» quién vive el pastor siempre: su tarea se realiza ante el único Dios y el único juez. El inicio del texto nos ofrece la correcta ubicación del pastor: no es él mismo, sino el que ha de venir quien debe moverle a actuar.

Pero lejos de paralizar, el trabajo se intensifica precisamente por esa venida. La paciencia es la prueba que verifica la fe. La paciencia activa del pastor que se desglosa en reprensión, reproche, exhortación, deseo de instruir, proclamación, insistencia. Palabras fuertes e imperativas que marcan la pastoral de la Iglesia.

Reflexionar acerca del realismo pastoral de Pablo sobre el pastor y sobre la gente nos conviene hoy y siempre: la gente no tiende al bien por sí misma. Pero no hay que fustigar, sino más bien cargar con lo adverso y cumplir la tarea como el gran servicio de fidelidad que Dios mismo pide. Todos necesitamos la dulce urgencia del pastor: que él, su propia persona, sea atalaya que avisa, aun cuando tenga que sufrir, soportar, servir. El pastor sabe a quién ha de rendir cuentas, y nada le detiene –ni miras humanas, ni conveniencias de época– para realizar su ministerio.

Evangelio: Jn 10,11-16

En aquel tiempo, dijo Jesús a sus discípulos: [11] Yo soy el buen pastor. El buen pastor da la vida por las ovejas; [12] no como el asalariado, que ni es verdadero pastor ni propietario de las ovejas. Éste, cuando ve venir al lobo, las abandona y huye. Y el lobo hace presa en ellas y las dispersa. [13] El asalariado se porta así porque trabaja únicamente por la paga y no tiene interés por las ovejas. [14] Yo soy el buen pastor; conozco a mis ovejas y ellas me conocen a mí, [15] lo mismo que mi Padre me conoce a mí y yo lo conozco a él; y yo doy mi vida por las ovejas. [16] Pero tengo otras ovejas que no están en este redil; también a éstas tengo que atraerlas, para que escuchen mi voz. Entonces se formará un rebaño único, bajo la guía de un solo pastor.

➥ El buen pastor anunciado en el Antiguo Testamento ya está aquí. Jesús reclama para sí este cumplimiento de las profecías: «Yo soy el buen pastor». Y al ser le corresponde el obrar: dar la vida por las ovejas. Hay muchas formas de dar la vida para que las ovejas no perezcan: no es precisamente verter la sangre, pues morirían ellas mismas si el pastor falta. El pastor no actúa como el asalariado, sino que arriesga la vida, «se la juega», cuando ve venir al lobo: maravilla de vinculación libre entre pastor y ovejas: «le importan las ovejas», las reúne, las conoce y las protege del lobo.

Jesús hace presente al Padre, verdadero buen pastor que ha arriesgado a su Hijo dándolo al mundo como vida del mundo. Es la gran experiencia de la gratuidad de Dios-Amor: Dios da al Hijo; el Hijo da la vida; los pastores se arriesgan con la misma gratuidad: solo hay una forma de conocer a Dios: «igual que el Padre».

Conocer a Dios es verle en la entrega concreta del Hijo por las ovejas. Ser buen pastor es mucho más que un «buen ejemplo»; es participar de la misma acción redentora de Dios en Jesucristo: Dios coloca pastores para encarnarse Él mismo para la vida de las ovejas: hasta

que por esta acción de amor generoso haya un solo rebaño, un solo pastor.

MEDITATIO

No es lo esencial la funcionalidad, el servicio concreto de las ovejas. No hay pastores porque somos muchos los hombres y hay que cubrir muchas tareas. Lo esencial es ver y tocar a una persona que hace presente la palabra viviéndola, no sólo proclamándola. La condición del Evangelio frente a toda doctrina es su carácter de «entrañable»: lo es el afecto con el que Pablo habla a Timoteo, lo es el amor entrañable de Cristo cuando se define vinculándose vitalmente a los hombres. No hablan desde el mensaje, sino desde la experiencia vivida. Pablo habla como quien ha vivido todo lo que dice; Cristo ha vivido, simplemente, como el Hijo.

Lo que nos transmiten los evangelios es, sobre todo, la experiencia entrañable de haber gustado y palpado, visto y oído al buen Dios entre nosotros: al Hijo. Así nos trató Él, parecen decir los evangelios, como un buen pastor. La experiencia, luego, se hace palabra transmitida en el seno de la comunidad como oración, gozo y testimonio. Así hemos recibido a san Juan: desde la experiencia vivida; así se transformó el mundo pagano en cristiano por la locura de hombres y mujeres nuevos y disponibles.

Nuestro santo Tomás asumió la elección difícil de mantener la doctrina en la Iglesia, no crispándose en época de crisis, sino que la propuso convirtiéndose él mismo en modelo del mensaje: no es fácil olvidar un arzobispo casi harapiento repartiendo en la puerta de su casa limosna a los pobres; más difícil es sentarlos a su mesa y servirles: él lo hizo. Pero aún es más difícil

organizar, antes, la misma Iglesia visible para que ese gesto sea posible siempre como el auténtico modo de ser pastor. Lo primero podría no pasar de ser un llamativo gesto de imagen; lo segundo es permanente: aún podemos encontrar a Cristo entre nosotros en los pastores.

ORATIO

Padre, pastor de mi vida, que me deje encontrar, conocer por ti. Tú acoges el movimiento de mi espíritu antes que mis obras, palabras, promesas y oraciones. Sabes, Señor, que mis deseos no son siempre de ti. Hay otros que me halagan con formas de estar «agresivas y eficaces» y casi siempre siento que en ellos encontraré más paz y armonía personal, que hay que estar con los tiempos y no desentonar.

Mi historia contigo es la de tus búsquedas de mí mismo, de tus curaciones. Hazme transmitir esta experiencia de ti: que aprenda a manifestarme como vulnerable poniéndome siempre más bajo que mis hermanos. Que les transmita tu doctrina, pero también lo bien que me has tratado cuando yo me he perdido. ¿Cómo, si no, se acercarán a ti las ovejas dispersas? Cuántos estragos he podido hacer por creerme alguien ante los demás, perfecto y seguro. Señor, buen pastor, si no soy distinto a los demás, al menos que pueda aportarles lo que vivo y Tú has hecho en mí.

CONTEMPLATIO

El pastor no debe disminuir su atención o lo interior por las ocupaciones exteriores, ni debe abandonar el cuidado de lo exterior por la solicitud de lo interior; de

modo que no se derrumbe interiormente al entregarse a lo exterior, ni impida aquello que por fuera debe a sus prójimos ocupándose sólo de lo interior.

Pues, a menudo, algunos, olvidándose de que son prelados en la causa de sus hermanos, se entregan con todo el esfuerzo de su corazón a los cuidados seculares: cuando están presentes, se ensoberbecen realizándolos y, cuando faltan, los anhelan día y noche con la agitación de su mente desordenada. De modo que, cuando hallan un respiro, quizás porque haya desaparecido una oportunidad, se sienten más cansados por su misma quietud. Y así, consideran una satisfacción estar oprimidos por las ocupaciones y un infortunio el no trabajar en asuntos terrenales. Sucede entonces que mientras se alegran de estar agobiados por vanos esfuerzos mundanos, ignoran aquellos secretos interiores que deberían enseñar a otros.

A causa de esto, claro está, la vida de los fieles se debilita, porque cuando pretenden progresar espiritualmente tropiezan en su camino con el obstáculo que es para ellos el ejemplo de su prelado. Y es que, languideciendo la cabeza, en vano crecen los miembros, e inútilmente avanza un ejército para explorar al enemigo si se equivoca el guía mismo del camino.

Ninguna exhortación eleva ya la mente de los fieles, ninguna amonestación castiga sus pecados. Porque cuando el pastor de las almas se dedica a ejercer el oficio de juez terreno, el cuidado pastoral por la custodia de la grey se debilita. Con ello, los fieles no desean ya alcanzar la luz de la Verdad, pues, al estar ocupada la mente del pastor en los afanes terrenos, el polvo provocado por el viento de la tentación ciega los ojos de la Iglesia (Gregorio Magno, *La regla pastoral*. Ed. Ciudad Nueva, Madrid 1993, pp. 214-215).

ACTIO

Repite con frecuencia y vive hoy la Palabra:

«*Alumbre así vuestra luz a los hombres y den gloria a vuestro Padre, que está en los cielos*» (Mt 5,16).

PARA LA LECTURA ESPIRITUAL

De amar propusimos, que no de disputar; amar, que no entender: por lo cual tornemos al propósito. Consideremos, pues, cómo nuestro Dios, grande, bueno y poderoso y lleno de riquezas, anda entre sus criaturas buscando algún amador, y no le halla; da muchas cosas y promete al que le amare, y ninguno quiere ni aun mirarle; y así es que «determinaron los mortales de abajar sus ojos a la tierra». Míralo en los Cantares, cómo ruega a su criatura y la provoca e incita a su amor: «Ábreme, hermana mía, amiga mía, paloma mía, inmaculada mía, ábreme»; y si no quiere abrir por mí, ábreme por ti; porque mi cabeza está llena de rocío; mi divinidad está llena de suavidad y dulzura; pues luego ábreme y cenaré contigo, y no a costa tuya, que yo haré todo el gasto y te pondré delante manjares suavísimos. Y ella con todo esto responde de la cama con indignación grande diciendo: «Heme despojado de mi vestidura, y ¿téngole de tornar a vestir? Laveme mis pies, ¿cómo me los ensuciaré ahora?». ¡Oh ingrata, mísera y ciega!, ¿así respondes a tu amado, así menosprecias a tu Creador? Abre, mísera, que no te ensuciarás, antes te lavarás; no trabajarás, sino descansarás. Ni la dejó el piadosísimo y gran amador suyo en su dureza, antes la tocó con su misericordiosa mano; y aquella que primero había despreciado la voz, se levanta con diligencia a abrir a su amado; más él ya se había desaparecido y pasado; y justamente por cierto, pues que así ella le había primero despreciado; y verla has a la infeliz y desventurada discurriendo por las calles y plazas voceando y llorando y conjurando a las hijas de Sión que, si hallaren a su amado, que le anuncien y digan su amor. Búscale y no le halla; llama y ninguno le abre; llama y no hay quien responda; por lo cual toda llorosa se derrite de amor. Así, Señor, así lo hacéis: tocáis para que seáis conocido y huís para

que seáis buscado; llamáis y ascondeisos; provocáis y vaisos, convidáis y partisos; no menos piadoso cuando os vais que cuando os venís... Mas no quieras cesar, quienquiera que eres; no desmayes cerca de la ciudad; conjura a las hijas de Jerusalén, solicita a los ciudadanos, pregunta a las guardas y éstas te saldrán al encuentro, ellos te harán dar priesa; y por más que ligeramente corras, te quitarán la vieja vestidura; y como los hubieres pasado un poco, hallarás al que tu ánima desea (Tomás de Villanueva, «Sermón segundo del Amor de Dios», *Sermones de la Virgen María y Obras castellanas*, BAC, Madrid 1952, pp. 609-610).

Santa Soledad Torres Acosta

11 de octubre

Nació el día 2 de diciembre de 1826 en Madrid y murió también en Madrid el 11 de octubre de 1887. Su nombre de pila fue Bibiana Antonia Manuela. A los 25 años oyó hablar de una idea alimentada por un sacerdote de la parroquia de Chamberí, don Miguel Martínez. Éste quiere reunir a unas cuantas mujeres para que cuiden y atiendan en sus propios domicilios a los enfermos desamparados y les dispongan a bien morir. Bibiana Antonia Manuela se ofrece voluntaria para este servicio. Su cuerpo pequeño y enclenque parecía desaconsejar tal empresa, pero ante su insistencia fue admitida, junto con otras seis compañeras. Tomó el hábito del nuevo instituto el 15 de agosto de 1851, cambiando su nombre de pila por el de María Soledad. Ese día nació el Instituto de las Siervas de María, Ministras de los Enfermos.

Fue beatificada por el papa Pío XII el día 5 de febrero de 1950 y canonizada por Pablo VI el 25 de enero de 1970.

LECTIO

Primera lectura: Isaías 58,6-11

[6] ¿No sabéis cuál es el ayuno que me agrada? Abrir las prisiones injustas, soltar las coyundas del yugo, dejar libres a los oprimidos, romper todos los yugos; [7] repartir tu pan con el

hambriento, hospedar a los pobres sin techo, vestir al que veas desnudo y no eludir a tus semejantes. [8] Entonces surgirá tu luz como la aurora y tus heridas curarán enseguida; tu justicia marchará ante ti y tras de ti la gloria del Señor. [9] Entonces, si clamas, el Señor responderá a tus gritos; dirá: ¡Aquí estoy! Si apartas el yugo de tu lado, el gesto amenazante y la mala idea, [10] si das al hambriento tu pan y sacias el apetito del oprimido, brillará en las tinieblas tu luz y tus sombras se harán un mediodía. [11] El Señor será tu guía siempre, en los desiertos saciará tu hambre, a tus huesos infundirá vigor, y tú serás como un huerto regado, cual manantial de agua, de caudal inagotable.

➥ Parece como si estos versículos del capítulo 58 de Isaías estuvieran escritos en la sala de un tribunal. Como en un pleito apasionado, Dios acusa a Israel de practicar un ayuno desprovisto de autenticidad. Y es que no agrada a Dios cualquier ayuno. No el que encubre egoísmos e injusticias, el que olvida la solidaridad, el que elude la misericordia y la liberación del prójimo. El mensaje de Isaías continúa hoy lleno de sentido anunciador y denunciador. Santa Soledad Torres Acosta también lo entendió así.

En este texto del Tercer Isaías se insiste en que hay que reemplazar una práctica formal por una adhesión coherente del corazón. Dios apunta hacia un denominador común: la compasión. Sólo quien sabe asumir el sufrimiento y las limitaciones del otro, quien sabe comprometerse luchando contra cualquier tipo de injusticia o abandono, descubrirá la verdadera luz de Dios y se convertirá en un manantial de vida.

Las obras de misericordia que el creyente está llamado a practicar tienen que llegar a las víctimas de las injusticias, sin distinguir entre paisanos y extranjeros (idea universalista del Tercer Isaías).

Las obras de misericordia tienen que comportar también un empeño personal con quienes ayunan y sufren no por elección personal o por motivos dietéticos y es-

téticos, sino porque están hambrientos debido a las vejaciones de otros.

El ayuno sin caridad no sirve de nada. El Señor pide al profeta Isaías que el pueblo quite de en medio lo que le divide (la opresión, las falsas acusaciones), que nivele las diferencias sociales. Luego vendrá la comunión, que es lo que se busca con el ayuno. Si te implicas en reconstruir con justicia la sociedad, el Señor te concederá reconstruir tus viejas ruinas. Con otras palabras, el ayuno que profetiza Isaías expresa dos requisitos: uno referido a Dios (¿ayuno para que en el hueco de mi vida quepa Dios?), y otro referido a la solidaridad (¿ayuno para compartir y sensibilizarme con el que pasa hambre y sed?).

Evangelio: Lucas 10,30-37

30 Jesús respondió: «Un hombre bajaba de Jerusalén a Jericó y cayó entre ladrones, que le robaron todo lo que llevaba,
le hirieron gravemente y se fueron dejándolo medio muerto.
31 Un sacerdote bajaba por aquel camino; al verlo, dio un rodeo y pasó de largo. 32 Igualmente, un levita que pasaba por
allí, al verlo, dio un rodeo y pasó de largo. 33 Pero llegó un
samaritano, que iba de viaje, y, al verlo, se compadeció de él;
34 se acercó, le vendó las heridas, echando en ellas aceite y
vino; lo montó en su cabalgadura, lo llevó a una posada y
cuidó de él. 35 Al día siguiente sacó unos dineros y se los dio al
posadero, diciendo: Cuida de él, y lo que gastes de más yo te
lo pagaré a la vuelta. 36 ¿Quién de los tres te parece que fue el
prójimo del que cayó en manos de los ladrones?». 37 Y él
contestó: «El que se compadeció de él». Jesús le dijo: «Anda y
haz tú lo mismo».

➥ Son tantos y tan iluminadores los puntos desde donde podemos mirar esta parábola que vamos a quedarnos con el que más resplandece en la vida de santa Soledad Torres Acosta: «*se compadeció de él, se acercó y le vendó sus heridas*». Es la figura del hombre samarita-

no que se hizo prójimo de quien necesitaba su ayuda. El marco que encuadra esta parábola es la discusión de Jesús con «sabios y entendidos» sobre el amor al prójimo. Aquel maestro de la Ley buscaba una aclaración sobre quién es el prójimo. Pero Jesús no da definiciones abstractas, no marca los límites de una definición. Para él, el límite del amor es amar sin límites. El amor no debe quedarse sólo en uno mismo, ni en su casa, ni en su pueblo, ni en su color, ni en su credo religioso.

Jesús, el buen samaritano, responde: «Tú eres el prójimo de todos y a todos debes amar y servir». Y a nosotros se nos complica la vida, porque aquel viajero solitario de la parábola que quedó medio muerto en el camino tiene rostro y nombre actualmente: tal vez, pertenece a la propia familia o a la misma comunidad y lo tenemos marginado; o es un drogadicto, un desempleado, un enfermo, un anciano; o son millones de rostros de emigrantes y pobres del mundo.

Y Jesús nos sigue diciendo como al maestro de la Ley: «Preocúpate de ellos y vivirás».

MEDITATIO

Desde que el mundo es mundo y la fe en Dios ha entrado en nuestros corazones, hemos tenido la tentación de separar el amor a Dios y el amor al prójimo. Esta parábola del buen samaritano tan conocida y meditada, es fundamental para captar la experiencia religiosa que nos trae Jesús.

Recorriendo, como de puntillas, este relato descubriremos enseguida lo fundamental de su contenido:

– No podemos separar el amor a Dios y el amor al prójimo. Son las dos caras de la misma moneda. «Tuve hambre»... «Tuve sed»... «Estuve enfermo»... «Cuando lo

hicisteis con uno de estos mis hermanos más pequeños, conmigo lo hicisteis».

– Mi prójimo no es el que se acerca a mí, sino aquel a quien yo me acerco. ¿Quién de estos tres, pregunta Jesús, se hizo prójimo del herido? Soy yo quien debe aproximarse.

– ¿De quién tengo que hacerme prójimo, a quién tengo que acercarme? La parábola lo expresa con mucha claridad: a cualquiera que esté caído, marginado, atropellado en los caminos o en los juzgados, despojado de sus derechos...

– No nos andemos con rodeos... Los dos personajes, representantes oficiales del templo y el culto, que dieron un rodeo para cumplir con Dios, abandonando al prójimo, quedan descalificados en esta parábola.

– Otro punto clarísimo que descubrimos en este relato es la apertura a los extranjeros, a los que en aquel tiempo eran tenidos por herejes o de otra religión: los samaritanos. Al jurista le da grima pronunciar su nombre; sin embargo, Jesús le dice: «Anda y haz tú lo mismo».

Todo esto me hace pensar que Miguel Martínez, sacerdote de la parroquia de Chamberí, no dio un rodeo, sino que se rodeó de personas como Soledad Torres Acosta para aproximarse a las casas donde alguien sufría y moría en la más absoluta soledad. Se hicieron prójimos de los necesitados de su tiempo.

ORATIO

Señor, tú que concediste a santa Soledad Torres Acosta la gracia de servirte con amor generoso en los enfermos que visitaba, concédenos tu luz y tu gracia para descubrir tu presencia en los que sufren y merecer tu compañía en el cielo.

CONTEMPLATIO

María Soledad se inserta en un grupo de mujeres santas e intrépidas que en el siglo XIX hicieron brotar en la Iglesia ríos de santidad y laboriosidad; procesiones interminables de vírgenes consagradas al único y sumo amor de Cristo, y mirando todas ellas al servicio inteligente, incansable, desinteresado del prójimo.

Por eso, contaremos a las Siervas de los enfermos en el heroico ejército de las religiosas consagradas a la caridad corporal y espiritual; pero no debemos olvidar un rasgo específico, propio del genio cristiano de María Soledad, el de la forma característica de su caridad; es decir, la asistencia prestada a los enfermos en su domicilio familiar; forma ésta que ninguno, así nos parece, había ideado en forma sistemática antes de ella, y que nadie antes de ella había creído posible confiar a religiosas pertenecientes a institutos canónicamente organizados.

La fórmula existía, desde el mensaje evangélico, sencilla, lapidaria, digna de los labios del divino Maestro: «Estuve enfermo, y me visitasteis», dice Cristo místicamente personificado en la humanidad doliente.

He aquí el descubrimiento de un campo nuevo para el ejercicio de la caridad; he aquí el programa de almas totalmente consagradas a la visita del prójimo que sufre.

(De la homilía pronunciada por Pablo VI en la canonización de santa Soledad Torres Acosta.)

ACTIO

Visitar a un enfermo.

PARA LA LECTURA ESPIRITUAL

Las enormes dificultades que a otras hicieron desfallecer, revelaron el temple heroico de la madre Soledad, fundadora de las Siervas de María, y que sus virtudes estaban fundadas sobre la roca firme. Por su dedicación a los enfermos, a quienes servía como a Cristo, por su tesón y esperanza jamás desmentida, por sus relevantes virtudes, bien pronto fue reconocida como cabeza de todo el grupo la que en su propia humildad y según las apariencias externas era la más insignificante de todas.

Nombrada superiora a los cinco años de la fundación, cual experto piloto guiará con serenidad y pericia la frágil navecilla del reciente instituto en medio de las más espantosas borrascas. En su gobierno demostró sus dotes de exquisita prudencia y de una caridad sin límites y, al mismo tiempo, una humildad y mansedumbre avasalladoras, con lo que supo captarse el amor sincero y la correspondencia voluntariosa de sus hijas. Dios le envió abundantes vocaciones y la santa se consagró a formarlas espiritualmente, infundiéndoles su ardiente caridad a Dios y al prójimo, y a darles una capacitación técnica como exigía su delicada tarea.

Como otra santa Teresa, recorrió los caminos de España en circunstancias a veces dificilísimas, sufrió incomodidades sin cuento y emprendió grandes trabajos, siempre unida a Dios. A Él se lo ofrecía todo. Con Él contaba para todo.

Su paso por este mundo se redujo a 61 años cargados de sencillez, de amor y de valentía frente al dolor, abandonada siempre en las manos de su Dios. .

Nuestra Señora del Pilar, patrona de España

12 de octubre

El origen de la devoción a la Virgen del Pilar se remonta al siglo I. Desde Jerusalén, donde aún vivía la Virgen María, vino a España para confortar al apóstol Santiago el Mayor en las tareas de evangelización. La tradición afirma que lo visitó milagrosamente a las orillas del río Ebro, donde Santiago estaba reunido con los primeros hispanos convertidos al cristianismo. Como recuerdo de aquel acontecimiento se levantó más tarde en aquel lugar una capillita en honor de Nuestra Señora, venerando su imagen en un pilar. Documentos monacales del siglo IX dan testimonio del templo dedicado en la ciudad de Zaragoza a María siempre Virgen.

La advocación de nuestra Señora del Pilar ha sido objeto de un especial culto por parte de los españoles. En pocos templos de los pueblos de España falta la imagen de la Virgen del Pilar. Su basílica, a las orillas del Ebro a su paso por Zaragoza, es un lugar privilegiado de oración, donde sopla con fuerza el Espíritu. Esta devoción a la Virgen del Pilar fue llevada también en las carabelas de Colón hasta los pueblos hermanos de América. Desde el año 1908, en el interior de la gran basílica que hoy existe en Zaragoza, junto al altar de la Virgen hacen guardia de honor a nuestra Señora las banderas de los países hispanoamericanos.

El papa Inocencio XIII, en 1723, concedió oficio litúrgico propio de la Virgen del Pilar para el día 12 de octubre.

LECTIO

Primera lectura: Primer libro de las Crónicas 15,3-4.15-16; 16,1-2

[3] David reunió en Jerusalén a todo Israel para trasladar el
arca del Señor al lugar que le había preparado. [4] Reunió a los
hijos de Aarón y a los levitas.

[15] Los levitas transportaron el arca apoyando las barras so-
bre sus hombros, como lo había prescrito Moisés, por orden
del Señor. [16] David ordenó a los jefes de los levitas que dispu-
sieran a sus hermanos los cantores con todos los instrumen-
tos musicales de acompañamiento, arpas, cítaras y címbalos,
e hicieron resonar bellas melodías en señal de regocijo.

[16,1] Metieron el arca de Dios y la colocaron en medio de la
tienda que David había levantado para ella. Ofrecieron luego
al Señor holocaustos y sacrificios de reconciliación. [2] Cuando
David terminó de ofrecer los holocaustos y los sacrificios de
reconciliación, bendijo al pueblo en nombre del Señor.

➥ Estos versículos de los capítulo 15 y 16 del libro de las Crónicas, que presenta la liturgia en la fiesta de la Virgen del Pilar, hacen referencia a la gran fiesta que celebró David el día que trasladó el arca de Dios desde Baalá a Jerusalén. Dice el texto del libro de Samuel que en esa fiesta «*David danzaba ante el Señor frenéticamente... entre gritos de júbilo y al son de trompetas*» (2 Sm 6,14-15). Jerusalén se convierte, por la presencia del arca, en ciudad santa, ciudad bendecida por Dios. En aquella fiesta, David convocó a todo Israel: era una fiesta nacional de bombo y platillo.

En las letanías de nuestra Señora invocamos a María como Arca de la Nueva Alianza y Templo del Espíritu Santo. Aquel regocijo de David con todo su pueblo, las ofrendas y oraciones que hicieron y la bendición que recibieron eran imágenes de esta fiesta en la que el arca de la Nueva Alianza vino de Jerusalén a Zaragoza para

bendecir a los nuevos cristianos y para asentar su trono en el gran templo de nuestros corazones.

Segunda lectura: Hechos de los apóstoles 1,12-14

> [12] Entonces regresaron a Jerusalén desde el monte de los Olivos, que dista poco de Jerusalén, lo que se permitía andar en sábado. [13] Y así que entraron, subieron a la estancia de arriba, donde se alojaban habitualmente. Eran Pedro y Juan, Santiago y Andrés, Felipe y Tomás, Bartolomé y Mateo, Santiago el de Alfeo, Simón el Zelota y Judas el de Santiago. [14] Todos ellos hacían constantemente oración en común con las mujeres, con María, la madre de Jesús, y con sus hermanos.

➥ Después de la ascensión de Jesús a los cielos, el libro de los Hechos de los apóstoles se centra en la constitución de la comunidad cristiana. Los que le habían seguido por el camino son convocados por el Espíritu para seguir con la misión de Jesús. En el grupo de los que acompañaban a Jesús en su vida pública estaban María, su madre, y otras mujeres. El evangelio de Lucas, en el capítulo 8, dice que junto con los Doce le seguían María Magdalena, Juana, Susana y otras muchas.

En estos versículos que leemos en la fiesta de la Virgen del Pilar, se resalta la presencia de María en esta primera comunidad pospascual. Ella, los apóstoles y algunas mujeres perseveraban en la oración común. Esta oración entre hombres y mujeres da un tono peculiar a la primera comunidad cristiana, muy distinto a lo que se hacía en la sinagoga judía. Jesús había roto la separación, y la primera comunidad sigue acorde con el estilo de Jesús.

Podemos pensar en la importancia de María en la formación de esa primera comunidad de Jerusalén y trasladar, sin esfuerzo, esa misma importancia en el apoyo

a Santiago en la formación de la primera comunidad de España.

Evangelio: Lucas 11,27-28

> [27] Mientras decía esto, una mujer de entre la gente gritó: «Dichoso el vientre que te llevó y los pechos que te amamantaron». [28] Pero él le dijo: «Dichosos más bien los que escuchan la Palabra de Dios y la ponen en práctica».

➥ Arrebatada por la emoción del momento, una mujer del pueblo, corazón en mano, alaba a Jesús y le dice cuán orgullosa tenía que estar su madre por haberlo llevado en su seno. Las palabras de la mujer son un cumplimiento de la profecía sobre María de Lc 1,28: «Desde ahora me llamarán dichosa todas las generaciones».

Pero Jesús, humilde y sencillo como su madre, traslada la atención de él mismo y de su madre a una insistencia más central: realmente, es más dichoso el que escucha la Palabra de Dios y la pone en práctica. La grandeza personal de María está en haber escuchado a Dios y haber dado un «sí» incondicional.

María escuchó y puso en práctica la Palabra de Dios al responder en la anunciación: «He aquí la esclava del Señor». Es una actitud humilde, valiente, libre y auténtica. María, que meditó en su corazón las palabras y los gestos de Jesús, hace pensar en aquellos que «escuchan la Palabra con un corazón noble y generoso» (Lc 8,15).

MEDITATIO

Del libro del Eclesiástico 24,3-15:

Yo salí de la boca del altísimo y cubrí la tierra como una niebla. Habité en las alturas, y mi trono fue colum-

na de nube. Sola recorrí el círculo celeste, y por las profundidades del abismo me paseé. En las olas del mar, en toda la tierra, en todo el pueblo y nación yo imperé. En todos ellos busqué el reposo, y en qué territorio instalarme. Entonces me ordenó el creador de todas las cosas, mi hacedor fijó el lugar de mi habitación, y me dijo: «Pon tu tienda en Jacob, y en Israel ten tu heredad». Desde el principio y antes de los siglos me creó, y existiré eternamente. En su santa tienda, en su presencia, ejercí el ministerio, y así en Sión me instalé. En la ciudad amada establecí mi residencia, y en Jerusalén tuve la sede de mi imperio. En el pueblo glorioso eché raíces, en la porción del Señor, en su heredad. Crecí como el cedro en el Líbano, como el ciprés en las montañas del Hermón. Crecí como palmera en Engadí, cual brote de rosa en Jericó; como magnífico olivo en la llanura, crecí como el plátano. Como el cinamomo y el espliego he dado mi aroma, como mirra escogida exhalé mi perfume; como gálbano, ónix y estacte, y como perfume de incienso en el tabernáculo. Yo extendí como terebinto mis ramas, y mis ramas están llenas de gracia y de majestad. Como vid eché hermosos sarmientos, y mis flores dan frutos de gloria y de riqueza. Venid a mí los que me deseáis, y saciaos de mis frutos.

ORATIO

Virgen santa del Pilar:
Desde este lugar sagrado
alienta a los mensajeros del Evangelio,
conforta a sus familiares
y acompaña maternalmente
nuestro camino hacia el Padre,
con Cristo, en el Espíritu Santo. Amén.
(Oración de Juan Pablo II ante el altar de la Pilarica.)

CONTEMPLATIO

La piedad de la Iglesia a la santísima Virgen María es un elemento intrínseco del culto cristiano. La veneración que la Iglesia ha dado a la Madre del Señor en todo tiempo y lugar –desde el saludo y la bendición de Isabel hasta las expresiones de alabanza y súplica en nuestro tiempo– constituye un sólido testimonio de que la *lex orandi* de la Iglesia es una invitación a reavivar en las conciencias su *lex credendi*. Y viceversa: la fe viva de la Iglesia requiere que por todas partes florezca lozana su oración fervorosa a la Madre de Cristo. Culto a la Virgen de raíces profundas en la palabra revelada y de sólidos fundamentos dogmáticos.

La misión maternal de la Virgen empuja al pueblo de Dios a dirigirse con filial confianza a aquella que está siempre dispuesta a acogerlo con afecto de madre y con eficaz ayuda de auxiliadora; por eso el pueblo de Dios la invoca como *consoladora de los afligidos, salud de los enfermos, refugio de los pecadores,* para obtener consuelo en la tribulación, alivio en la enfermedad, fuerza liberadora en el pecado; porque ella, la libre de todo pecado, conduce a sus hijos a esto: a vencer con enérgica determinación el pecado. Y –hay que afirmarlo nuevamente– dicha liberación del pecado es la condición necesaria para toda renovación de las costumbres cristianas.

La santidad ejemplar de la Virgen mueve a los fieles a levantar «los ojos a María, la cual brilla como modelo de virtud ante toda la comunidad de los elegidos». Virtudes sólidas, evangélicas: la fe y la dócil aceptación de la Palabra de Dios (*cf.* Lc 1,26-38; 1,45; 11,27-28; Jn 2,5); la obediencia generosa (*cf.* Lc 1,38); la humildad sencilla (*cf.* Lc 1,48); la caridad solícita (*cf.* Lc 1,39-56); la sabiduría reflexiva (*cf.* Lc 1,29.34; 2,19.33.51); la piedad hacia Dios, pronta al cumplimiento de los deberes religiosos (*cf.* Lc 2,21.22-40.41), agradecida por los

bienes recibidos (Lc 1,46-49); la fortaleza en el destierro (*cf.* Mt 2,13-23), en el dolor (*cf.* Lc 2,34-35.49; Jn 19,25); la pobreza llevada con dignidad y confianza en el Señor (*cf.* Lc 1,48; 2,24); el vigilante cuidado hacia el Hijo desde la humildad de la cuna hasta la ignominia de la cruz (*cf.* Lc 2,1-7; Jn 19,25-27); la delicadeza provisoria (*cf.* Jn 2,1-11); la pureza virginal (*cf.* Mt 1,18-25; Lc 1,26-38); el fuerte y casto amor esponsal.

De estas virtudes de la Madre se adornarán los hijos que con tenaz propósito contemplan sus ejemplos para reproducirlos en la propia vida. Y tal progreso en la virtud aparecerá como consecuencia y fruto maduro de aquella fuerza pastoral que brota del culto tributado a la Virgen.

La piedad hacia la Madre del Señor se convierte para el fiel en ocasión de crecimiento en la gracia divina: finalidad última de toda acción pastoral. Porque es imposible honrar a la «llena de gracia» (Lc 1,28) sin honrar en sí mismo el estado de gracia, es decir, la amistad con Dios, la comunión en Él, la inhabitación del Espíritu. Esta gracia divina alcanza a todo el hombre y lo hace conforme a la imagen del Hijo (*cf.* Rom 2,29; Col 1,18). La Iglesia católica, basándose en su experiencia secular, reconoce en la devoción a la Virgen una poderosa ayuda para el hombre hacia la conquista de su plenitud.

(De la exhortación del papa Pablo VI Marialis cultus.*)*

ACTIO

Reunirme hoy en oración con otros, como María con otras mujeres y los apóstoles, y pedir al Espíritu Santo fortaleza para los evangelizadores que están en tierra de misión.

PARA LA LECTURA ESPIRITUAL

El milagro de Calanda

Como en otros santuarios marianos, los fieles han recibido en el de nuestra Señora del Pilar favores extraordinarios que han atribuido a su intercesión ante la omnipotencia divina.

Desde el siglo XIII se habla en los documentos que conserva su archivo de «los mytos et innumerabiles miraglos que Nuestro Seynor Jesucristo feitos a et cada día facer non cesa en los ovientes devoción en la gloriosa et bienaventurada Virgen María suya Santa María del Pilar».

Un manuscrito del siglo XV recogió algunos de ellos. Y en 1680 el canónigo Félix de Amada dio a la imprenta una colección de milagros obrados por intercesión de la Virgen del Pilar.

Entre ellos, es universalmente conocido el llamado *milagro de Calanda*, por su evidente superación de las fuerzas de la naturaleza y por su innegable verdad histórica.

Tuvo lugar entre las diez y las once de la noche del jueves 29 de marzo de 1640, en la villa aragonesa de Calanda y en la persona del joven de 23 años Miguel Juan Pellicer, al cual, debido a un accidente, hubo que amputársele la pierna derecha en octubre de 1637 en el hospital de Gracia, de Zaragoza, por el cirujano Juan Estanca, siendo enterrada por el practicante Juan Lorenzo García.

Tras su convalecencia, durante dos años, fue mendigo en la puerta del templo de nuestra Señora del Pilar, de la que era muy devoto desde su niñez, por existir una ermita de esta advocación en Calanda, y a la que se había encomendado antes y después de su operación, confesando y comulgando en su santuario.

Vuelto a la casa de sus padres en Calanda a primeros de marzo de 1640, el citado día 29 de ese mes, habiéndose acostado en la misma habitación de sus padres, por haber un soldado alojado en su casa, lo encontraron éstos dormido media hora más tarde con dos piernas, notándosele en la restituida las mismas señales de un grano y unas cicatrices que tenía la amputada.

A instancias del Ayuntamiento de Zaragoza, adonde acudió Miguel Juan tras su curación a dar gracias a la Virgen del Pilar,

se incoó en el Arzobispado un proceso el 5 de junio de 1640, pronunciando sentencia afirmativa de calificación milagrosa el arzobispo Pedro Apaolaza, asesorado por nueve teólogos y canonistas, el 27 de abril de 1641. Se conserva íntegro el texto de este proceso con las declaraciones de los 25 testigos.

El milagro se divulgó rápidamente por todas partes. El mismo papa Urbano VIII fue informado personalmente por el jesuita aragonés F. Franco en 1642.

Entre los milagros, que por definición son todos excepciones de la naturaleza, el de Calanda es a su vez excepcional; por eso las relaciones coetáneas lo calificaron de «milagro inaudito en todos los tiempos».

(Por Tomás Domingo Pérez, en el *Libro de la Virgen*, C.B.C.)

Santa Teresa de Jesús

15 de octubre

Teresa de Jesús nació en Ávila el 28 de marzo de 1515. Tras una infancia precozmente religiosa y una difícil adolescencia, atraída por la lectura del evangelio y por la oración entró en el Carmelo de la Encarnación en 1535. Después de un prolongado período de tibieza, comienza su «conversión» –acaecida en 1554–, una intensa vida mística en contacto con Cristo, que desemboca en un intenso deseo de servir a la Iglesia de su tiempo, lacerada por la Reforma protestante. A fin de contribuir a la renovación de la Iglesia con la oración y la vida perfecta, fundó en Ávila, el año 1562, el monasterio de San José, primera casa de la Reforma teresiana. En 1567 encuentra a Juan de la Cruz, que se convertirá en su colaborador y director espiritual. Hasta la víspera de su muerte funda diversos monasterios en Castilla y en Andalucía. Declarando en su lecho de muerte que era «hija de la Iglesia», entró en la gloria el 4 de octubre de 1582 en Alba de Tormes. Fue canonizada el 12 de marzo de 1623 por Gregorio XV y declarada por Pablo VI primera mujer doctora de la Iglesia el 27 de septiembre de 1970.

LECTIO

Primera lectura: Romanos 8,22-27

Hermanos: [22] Sabemos, en efecto, que la creación entera está gimiendo con dolores de parto hasta el presente. [23] Pero

no sólo ella; también nosotros, los que poseemos las primicias del Espíritu, gemimos en nuestro interior suspirando porque Dios nos haga sus hijos y libere nuestro cuerpo. [24] Porque ya estamos salvados, aunque sólo en esperanza; y es claro que la esperanza que se ve no es propiamente esperanza, pues ¿quién espera lo que tiene ante los ojos? [25] Pero si esperamos lo que no vemos, estamos aguardando con perseverancia.

[26] Asimismo, el Espíritu viene en ayuda de nuestra flaqueza, pues nosotros no sabemos orar como es debido, y es el mismo Espíritu el que intercede por nosotros con gemidos inefables. [27] Por su parte, Dios, que examina los corazones, conoce el sentir de ese Espíritu, que intercede por los creyentes según su voluntad.

➥ El capítulo 8 de la Carta a los Romanos, totalmente invadido por la presencia del Espíritu, ha sido definido como el capítulo de los contemplativos. Por consiguiente, es muy apropiado para iluminar la figura de Teresa de Jesús. La elección de este texto responde al deseo de conectar el mensaje teresiano con la experiencia de la oración interior en el Espíritu Santo. En efecto, el Espíritu derramado en el corazón de los creyentes es el motor de la esperanza de toda la creación en el corazón de los hijos de Dios, en cuanto que es en la vida cristiana donde se experimenta, al mismo tiempo, la salvación alcanzada ahora y la esperanza de la redención final del cuerpo y del cosmos. Del Espíritu Santo, punta de diamante de la Trinidad, que toca las fibras más íntimas de la persona humana, brotan la oración y la intercesión más profunda. Él es el intérprete de nuestros deseos y de nuestras necesidades.

La oración cristiana, don de la amistad divina, supone una presencia íntima del Espíritu Santo que no sólo nos impulsa a orar y a interceder por la salvación de todos, sino que nos invita a emprender un camino de perfección y a cruzar el umbral de las diferentes moradas del castillo del alma en una progresiva interioridad que lleva a la fuente viva de la vida divina. Son muchas las

expresiones con las que habla Teresa de esta efusión del Espíritu Santo que acompaña a la oración. Ella misma ha realizado esta experiencia (*cf. Vida,* capítulo 24 y capítulo 38). El Espíritu es el agua viva que brota de lo íntimo del corazón del creyente y dilata su capacidad de orar, servir y amar (*Castillo interior,* «Moradas cuartas», capítulo 2).

Evangelio: Lucas 10,38-42

En aquel tiempo, [38] Jesús entró en una aldea, y una mujer, llamada Marta, lo recibió en su casa. [39] Tenía Marta una hermana llamada María, que, sentada a los pies del Señor, escuchaba su palabra. [40] Marta, en cambio, estaba atareada con los muchos quehaceres del servicio. Entonces Marta se acercó a Jesús y le dijo:

–Señor, ¿no te importa que mi hermana me deje sola en la tarea? Dile que me ayude.

[41] Pero el Señor le contestó:

–Marta, Marta, andas inquieta y preocupada por muchas cosas, [42] cuando en realidad una sola es necesaria. María ha escogido la mejor parte, y nadie se la quitará.

➥ La presencia de Jesús en la casa amiga de Betania, con María que escucha y Marta que sirve, es un episodio clásico que la exégesis cristiana ha querido subrayar como tipología de las diferentes vocaciones en la Iglesia y de la superioridad de la vida contemplativa de María sobre la activa de Marta. Esa interpretación ha de ser preferentemente corregida hoy, subrayando en este episodio la humanidad y la amistad de Jesús, la singularidad de su relación positiva –y en parte escandalosa para la mentalidad de los fariseos de su tiempo– con las mujeres, especialmente con María, que le escucha en silencio.

Se pone de relieve la necesidad de captar la preciosidad de lo único necesario para la salvación: la persona

y la Palabra de Jesús. En efecto, el servicio de Marta no está puesto en tela de juicio; más bien se subraya la actitud discipular de María, mujer de la escucha al Maestro divino, modelo de la Iglesia que está pendiente de los labios de su Señor.

La elección de este pasaje para la fiesta de Santa Teresa es afortunada. Se trata de uno de los episodios evangélicos preferidos por la santa, especialmente por su búsqueda de un Cristo verdaderamente humano, que no sólo no desprecia a las mujeres, como dice Teresa en un conocido texto suyo, sino que las trata con mucho amor, porque en ellas ha encontrado una fe y un amor superior al manifestado por los hombres. Teresa subraya en varias ocasiones la condescendencia de Jesús, su humanidad y el sentido de la amistad que demuestra con todos, pero especialmente con las mujeres. Un subrayado ejemplar en un tiempo de antifeminismo.

Mas apartándose de una exégesis que ponía siempre de relieve la superioridad de María, Teresa, aunque es una contemplativa, madre y maestra de comunidades contemplativas, se muestra particularmente sensible al servicio de Marta y pone de manifiesto su delicadeza en el servicio al Maestro. Marta y María deben ir juntas; es el motivo de su síntesis contemplativa y apostólica (*cf. Castillo interior,* «Moradas séptimas», IV, 12). Y desea que toda su comunidad religiosa y toda comunidad cristiana sean una casa de Betania donde Cristo esté siempre presente, escuchado como María en la oración, servido en los hermanos y en las hermanas como Marta (*cf. Camino de perfección,* XVII, 5).

MEDITATIO

Teresa de Jesús nos ha dejado el testimonio de su vida en sus escritos. En el libro de su *Vida,* como en una con-

fesión hecha ante toda la Iglesia, nos hace recorrer las etapas de su existencia: una infancia precoz desde el punto de vista religioso, una juventud vivida en crisis, su recuperación vocacional a los 20 años, seguida de una experiencia de vida religiosa entre altos y bajos, hasta su «conversión» definitiva casi a los 40 años. Es el lento proceder de una historia de salvación que, desde el límite del pecado, se desarrolla en una conversión sincera y total, en una *determinada determinación,* en una opción total y definitiva por el Señor, que deja espacio a una experiencia mística en la que Dios obra maravillas en ella.

En efecto, Teresa es testigo del trabajo mismo que supone la transformación de la persona, del deseo de salvación, del efectivo cambio de vida, de la gracia del Espíritu que la penetra y la conduce a una intensa experiencia de las más grandes verdades del dogma cristiano; la gracia mística como iluminación interior y como experiencia de salvación y transformación: la presencia de Dios, la fuerza de la Palabra y de los sacramentos, la revelación de Cristo, el Resucitado, en su santa humanidad, la efusión del Espíritu Santo y de sus dones. Todo ello coronado –a partir de la gracia del matrimonio espiritual, recibida en noviembre de 1572– por la experiencia de la inhabitación trinitaria, de la comunión total con Cristo esposo, destinada al servicio de la Iglesia, meta ideal de la santidad cristiana.

Todo ello en un itinerario en el que la oración interior, la divina amistad con Dios, constituye la clave de comprensión. Todo desemboca en una mística del servicio, en una vigorosa unidad de vida vivida y enseñada por la santa, en un gran amor por la Iglesia demostrado concretamente en la promoción de la santidad de vida y en el servicio a la vida contemplativa para la renovación de la Iglesia. Marta y María juntas a los pies de Cristo, el Señor, con la fuerza de la contemplación y la generosidad del servicio.

ORATIO

Acuérdome algunas veces de la queja de aquella santa mujer, Marta, que no sólo se quejaba de su hermana, antes tengo por cierto que su mayor sentimiento era pareciéndole no os dolíais Vos, Señor, del trabajo que ella pasaba, ni se os daba nada que ella estuviese con Vos. Por ventura le pareció no era tanto el amor que la teníais como a su hermana; que esto le debía hacer mayor sentimiento que el servir a quien ella tenía tan gran amor, que éste hace tener por descanso el trabajo. Y parécese en no decir nada a su hermana, antes con toda su queja fue a Vos, Señor, que el amor la hizo atrever a decir que cómo no teníais cuidado. Y aun en la respuesta parece ser y proceder la demanda de lo que digo; que sólo amor es el que da valor a todas las cosas; y que sea tan grande que ninguna le estorbe a amar, es lo más necesario (Teresa de Ávila, *Las exclamaciones,* 5,2).

CONTEMPLATIO

De ver a Cristo me quedó imprimida su grandísima hermosura, y la tengo hoy día, porque para esto bastaba sola una vez, ¡cuánto más tantas como el Señor me hace esta merced! [...] Comenzóme mucho mayor amor y confianza de este Señor en viéndole, como con quien tenía conversación tan continua. Veía que, aunque era Dios, que era hombre, que no se espanta de las flaquezas de los hombres, que entiende nuestra miserable compostura, sujeta a muchas caídas por el primer pecado que Él había venido a reparar. Puedo tratar como con amigo, aunque es señor.

¡Oh Rey de gloria y Señor de todos los reyes! ¡Cómo no es vuestro reino armado de palillos, pues no tiene fin! ¡Cómo no son menester terceros para Vos! Con mi-

rar vuestra persona, se ve luego que es sólo el que merecéis que os llamen Señor, según la majestad mostráis. No es menester gente de acompañamiento ni de guarda para que conozcan que sois Rey. Porque acá un rey solo mal se conocerá por sí. Aunque él más quiera ser conocido por rey, no le creerán, que no tiene más que los otros; es menester que se vea por qué lo creer, y así es razón tenga estas autoridades postizas, porque si no las tuviese no le tendrían en nada. Porque no sale de sí el parecer poderoso. De otros le ha de venir la autoridad.

¡Oh Señor mío, oh Rey mío! ¡Quién supiera ahora representar la majestad que tenéis! Es imposible dejar de ver que sois gran Emperador en Vos mismo, que espanta mirar esta majestad; mas más espanta, Señor mío, mirar con ella vuestra humildad y el amor que mostráis a una como yo. En todo se puede tratar y hablar con Vos como quisiéramos, perdido el primer espanto y temor de ver vuestra majestad, con quedar mayor para no ofenderos; mas no por miedo del castigo, Señor mío, porque éste no se tiene en nada en comparación de no perderos a Vos (Teresa de Ávila, *Libro de su vida,* XXXVII, 4-6, *passim*).

ACTIO

Repite a menudo y medita hoy esta expresión de santa Teresa:

«*No está la cosa en pensar mucho, sino en amar mucho*» (*Castillo interior,* «Cuartas moradas», 1, 7).

PARA LA LECTURA ESPIRITUAL

El primado contemplativo no nace en Teresa de Jesús de las categorías aristotélicas o platónicas de la contemplación, sino que brota de una dimensión de apertura que tiene en ella. Es

una criatura hecha para algo grande e infinito que pueda realizarla, completarla, colmarla. Esa actitud frente a Dios es fundamental en su vida; de ella brota el sentido del señorío de Dios: no sólo por una soberanía de amor al que se abandona, sino también porque el Señor la sobrepasa: él es el único dueño de toda su persona y de toda su vida. El primado de Dios en dimensión contemplativa, en una experiencia absolutamente femenina, caracteriza su actitud ante el Señor; Teresa está hecha para él. Por eso no se siente frente a Dios ni atemorizada ni incómoda, aunque sabe que es el Señor de la gloria. Trata con él con una gran libertad.

«¡Oh Creador mío», exclama Teresa, «cuando estabais en la tierra, lejos de sentir desprecio por las mujeres, hasta buscasteis favorecerlas con gran benevolencia...». Está segura de que Dios acoge y ama a las mujeres y de que Cristo les concede ampliamente ese amor. Para afirmarlo, pone el ejemplo de la Virgen María, a la que Dios eligió como Madre, el de las pecadoras a las que Jesús perdonó, el de la amistad que sentía hacia Marta y María. Éstos son los argumentos de los que se sirve para sentirse a sus anchas con el Señor (A. Ballestrero, «La donna in santa Teresa», en AA. VV., *Teresa d'Avila. Introduzione storico-teologica*, Turín 1982, p. 63).

San Ignacio de Antioquía

17 de octubre

En los albores del siglo II fue llevado el obispo Ignacio de Antioquía a Roma para ser devorado por las fieras. Fruto de este viaje hacia el martirio son las célebres siete cartas que el mártir apenas tuvo tiempo de redactar. Son cartas escritas con sangre, verdaderos trozos de existencia, que contienen el grito ardiente de un místico que anhela el martirio. A nadie se le escapa la importancia única de este impresionante diario del alma. Aunque recientemente algunas voces aisladas han intentado mellar su autenticidad, la inmensa mayoría de los estudiosos la han reafirmado con argumentos válidos. Las siete cartas de Ignacio nos han conservado, mejor que cualquier historiador, los rasgos vivos y luminosos de una de las personalidades más sobresalientes y vigorosas del cristianismo primitivo.

LECTIO

Primera lectura: Filipenses 3,17–4,1

[3,17] Imitad mi ejemplo, hermanos, y fijaos en quienes me
han tomado como norma de conducta. [18] Pues como ya os advertí muchas veces, y ahora tengo que recordároslo con lágrimas en los ojos, muchos de los que están entre vosotros son
enemigos de la cruz de Cristo. [19] Su paradero es la perdición; su
dios, el vientre; se enorgullecen de lo que debería avergonzarles
y sólo piensan en las cosas de la tierra. [20] Nosotros, en cambio,

tenemos nuestra ciudadanía en los cielos, de donde esperamos como salvador a Jesucristo, el Señor. [21] Él transformará nuestro mísero cuerpo en un cuerpo glorioso como el suyo, en virtud del poder que tiene para someter todas las cosas. [4,1] Por tanto, hermanos míos queridos y añorados, vosotros, que sois mi gozo y mi corona, manteneos firmes en el Señor, queridos.

➥ El texto de la Carta a los Filipenses insiste en el tema de la imitación de Pablo y, en filigrana, en el tema fundamental de la imitación de Cristo. El Señor Jesús, primero con su *cruz* y después también con su *resurrección,* ha transfigurado nuestro cuerpo para transformarlo «*en un cuerpo glorioso como el suyo*» (v. 21). La vida crucificada tiene ya en germen la vida resucitada, y quien muere con el Crucificado, quien participa de sus llagas, es transfigurado después en el cuerpo glorioso de la resurrección. Del mismo modo que san Ignacio fue imitador de la pasión de su Señor en el testimonio de la sangre, así también cada cristiano auténtico está llamado también a imitar a Cristo, si no en la suprema prueba cruenta, sí al menos derramando la gota cotidiana de sangre del martirio de su propia vida cristiana.

Evangelio: Juan 12,24-26

En aquel tiempo, dijo Jesús a sus discípulos: [24] Yo os aseguro que el grano de trigo seguirá siendo un único grano, a no ser que caiga dentro de la tierra y muera; sólo entonces producirá fruto abundante. [25] Quien vive preocupado por su vida, la perderá; en cambio, quien no se aferre excesivamente a ella en este mundo, la conservará para la vida eterna. [26] Si alguien quiere servirme, que me siga; correrá la misma suerte que yo. Todo aquel que me sirva será honrado por mi Padre.

➥ En continuidad con la primera lectura paulina de la Carta a los Filipenses, también el fragmento evangélico de Juan pone de manifiesto la lógica del grano de trigo:

«El grano de trigo seguirá siendo un único grano, a no ser que caiga dentro de la tierra y muera; sólo entonces producirá fruto abundante» (v. 24), síntesis de todo el Evangelio y de la vida de Cristo. También el obispo Ignacio se definió recurriendo a un simbolismo bastante próximo al eucarístico (el pan), que refleja de muy cerca el lenguaje evangélico: «Soy trigo de Dios y debo ser triturado por los dientes de las bestias para convertirme en pan puro de Cristo».

Para el mártir existe un nexo íntimo e indisoluble entre martirio y eucaristía. El mártir cristiano no puede prescindir de la eucaristía, que es el pan de los fuertes, pero tampoco la eucaristía puede prescindir del martirio del testimonio. Una eucaristía sin martirio –en el sentido que hemos explicado– estaría vacía, del mismo modo que un martirio sin eucaristía sería imposible o, al menos, sería algo distinto a un martirio cristiano.

MEDITATIO

Algunos pensamientos de san Ignacio, a punto de padecer el martirio, pueden ayudarnos:

– «¡Bello es que el sol de mi vida, saliendo del mundo, trasponga en Dios, a fin de que en él yo amanezca!» (A los romanos, 2, 2).

– «Dejadme que sea entregado a las fieras, puesto que por ellas puedo llegar a Dios. Soy el trigo de Dios, y soy molido por las dentelladas de las fieras, para que pueda ser hallado pan puro. Antes, atraed a las fieras, para que puedan ser mi sepulcro, y que no deje parte alguna de mi cuerpo detrás, y así, cuando pase a dormir, no seré una carga para nadie. Entonces seré un verdadero discípulo de Jesucristo (A los romanos, 4, 1).

– «Ahora empiezo a ser discípulo» (A los romanos, 5,3).

– «De nada me aprovecharán los confines del mundo ni los reinos todos de este siglo. Para mí, mejor es morir en Jesucristo que ser rey de los términos de la tierra. A Aquel quiero que murió por nosotros. A Aquel quiero que por nosotros resucitó. Y mi parto es ya inminente. Perdonadme, hermanos: no me impidáis vivir; no os empeñéis en que yo muera; no entreguéis al mundo a quien no anhela sino ser de Dios: no me tratéis de engañar con lo terreno. Dejadme contemplar la luz pura. Llegado allí, seré de verdad hombre. Permitidme ser imitador de la pasión de mi Dios. Si alguno lo tiene dentro de sí, que comprenda lo que yo quiero, y si sabe lo que a mí me apremia, que haya lástima de mí» (A los romanos, 6,1-3).

ORATIO

Algunas oraciones breves salidas del corazón de san Ignacio:

– «Orad incesantemente por todos los hombres» (A los efesios, 10, 1).

– «Permaneced en la concordia y en la oración recíproca» (A los tralianos, 12, 2).

– «Acordaos de la Iglesia en vuestra oración» (A los tralianos, 13, 1).

– «Orad para que yo sea cristiano no sólo de nombre, sino también de hecho» (A los romanos, 3, 2).

– «Habla en mí un agua viva y me dice por dentro: "Ven al Padre"» (A los romanos, 7, 3).

– «Mientras tengamos tiempo, convirtámonos a Dios» (A los esmirniotas, 9, 1).

– «Ruego para que se me dé la gracia perfecta de Dios, a fin de que con vuestra oración pueda alcanzar yo a Dios» (A los esmirniotas, 11, 1).

CONTEMPLATIO

Algunas elevaciones originales del santo mártir:

«Vosotros sois piedras del templo del Padre, preparados para la construcción de Dios Padre, elevados hasta lo alto por la palanca de Jesucristo, que es la cruz, sirviendo como soga el Espíritu Santo; vuestra fe os tira hacia lo alto y la caridad es el camino que os eleva hacia Dios» (A los efesios, 9, 1).

«Aquel que posee en verdad la Palabra de Jesús puede entender también su silencio, a fin de ser perfecto, a fin de obrar por su palabra y hacerse conocido por su silencio» (A los efesios, 15, 2).

«Si el Señor ha recibido una unción sobre su cabeza, es a fin de exhalar para su Iglesia un perfume de incorruptibilidad» (A los efesios, 17, 1).

«Rompiendo un mismo pan que es medicina de inmortalidad, antídoto para no morir y alimento para vivir en Jesucristo por siempre» (A los efesios, 20, 2).

«Dejaos salar en Él, a fin de que nadie se corrompa entre vosotros, pues por vuestro olor seréis convictos» (A los magnesios, 10, 2).

«Por tu parte, mantente firme, como un yunque golpeado por el martillo. De grande atleta es ser desollado y, sin embargo, vencer» (A Policarpo, 3, 1).

ACTIO

Repite durante el día y vive la invitación de san Ignacio:

«Ama la unidad, huye de las divisiones, sé imitador de Jesucristo» (A los filadelfios, 7, 2).

PARA LA LECTURA ESPIRITUAL

Éstas eran, y muchas más sobre éstas, las enseñanzas que Ignacio, de camino, daba con sus obras, bien así como un sol que se levanta de Oriente y corre a Poniente. Y aún puede ser tenido Ignacio por más brillante que el mismo sol, porque éste corría desde lo alto trayendo luz sensible, pero Ignacio brillaba desde abajo, infundiendo en las almas luz inteligible. Aquél, por otra parte, en llegando a las partes de Occidente, se esconde y nos trae al punto la noche; mas éste, llegado que hubo a las partes de Occidente, se levantó de allí más esplendoroso después de haber hecho los mayores beneficios a cuantos antes hallara en su camino. Y apenas entró en la ciudad de Roma, también a ésta enseñó una divina filosofía. Porque tal fue el fin por el que permitió Dios que allí terminara Ignacio su vida, a saber: para que su muerte fuera una escuela de religión para todos los que moraban en Roma (Juan Crisóstomo, «Panegírico en honor de san Ignacio», en *Padres apostólicos*, Biblioteca de Autores Cristianos, Madrid [2]1968, p. 626).

San Lucas

18 de octubre

De las cartas de Pablo se desprende que Lucas fue médico (Col 4,14). Se desprende asimismo que Pablo le quería mucho, dado que le facilitó la actividad apostólica en calidad de colaborador suyo (Flm 24). También las llamadas «secciones-nosotros» de los Hechos de los apóstoles –ésas en las que Lucas emplea el pronombre de la primera persona del plural, con lo que deja entrever su presencia junto a Pablo en el ejercicio de su apostolado– dicen que Lucas es uno de los responsables de la acción misionera de los primeros tiempos cristianos.

Como es bien conocido, Lucas es el único de los evangelistas que sintió la necesidad de escribir, además de un evangelio, también los Hechos de los apóstoles, en una obra unitaria que deja aparecer la concepción teológica de la historia propia de Lucas: una historia que une, íntimamente, a Jesús con la Iglesia, y a la Iglesia con Jesús.

LECTIO

Primera lectura: 2 Timoteo 4,10-17

Querido hermano: [10] Dimas me ha abandonado por amor a las cosas de este mundo y se ha ido a Tesalónica; Crescente se ha ido a Galacia; Tito, a Dalmacia. [11] Solamente Lucas está conmigo. Toma a Marcos y tráetelo contigo, pues me es muy

útil para el ministerio. [12] A Tíquico lo he mandado a Éfeso. [13] Cuando vengas, tráeme la capa que me dejé en Tróade, en casa de Carpo, y también los libros, sobre todo los pergaminos. [14] Alejandro, el herrero, me ha hecho mucho mal. El Señor le pagará según su conducta. [15] Ten cuidado con él, pues se ha opuesto tenazmente a nuestra predicación. [16] En mi primera defensa nadie me asistió; todos me abandonaron. ¡Que Dios los perdone! [17] El Señor me asistió y me confortó, para que el mensaje fuera plenamente anunciado por mí y lo escucharan todos los paganos. Fui librado de la boca del león.

➥ Este fragmento nos presenta a Lucas junto a Pablo. Otros han abandonado al apóstol por cansancio o por miedo; Lucas, sin embargo, no, y esto infunde un gran consuelo en el corazón de Pablo. Con todo, el verdadero consuelo del apóstol no es tanto la presencia de una persona como, sobre todo, la de su Señor, que le renueva en el corazón su intrépido coraje en la predicación del Evangelio a los paganos, manteniéndole fiel a su vocación originaria.

Aunque consolado por la presencia de Lucas, Pablo no puede dejar de recordar el abandono en el que se encuentra, justo en el momento en que ha sido arrastrado al tribunal y ha tenido que preparar solo su defensa. A este respecto, contamos con numerosas y preciosas noticias en los últimos capítulos de los Hechos de los apóstoles, donde, cinco veces en cinco ocasiones diferentes (*cf.* Hch 22–26), tuvo que defender Pablo no a sí mismo, sino a Jesús y la fe que había abrazado, con intrépido valor, con un genial espíritu polémico, con una sorprendente capacidad apologética.

De este modo y con este estilo, Pablo tiene la alegría de poder afirmar que, por medio de él, se ha llevado a cabo la proclamación del Evangelio en beneficio sobre todo de los paganos. Lo que le había sido planteado en Damasco se cumple ahora felizmente. Lo que le había sido confiado en Damasco –la misión entre los paganos– llega ahora a su cumplimiento.

Evangelio: Lucas 10,1-9

En aquel tiempo, [1] el Señor designó a otros setenta [y dos] y los envió por delante, de dos en dos, a todos los pueblos y lugares que él pensaba visitar. [2] Y les dio estas instrucciones:

–La mies es abundante, pero los obreros pocos. Rogad, por tanto, al dueño de la mies que envíe obreros a su mies. [3] ¡En marcha! Mirad que os envío como corderos en medio de lobos. [4] No llevéis bolsa, ni alforjas ni sandalias, ni saludéis a nadie por el camino. [5] Cuando entréis en una casa, decid primero: Paz a esta casa. [6] Si hay allí gente de paz, vuestra paz recaerá sobre ellos; si no, se volverá a vosotros. [7] Quedaos en esa casa y comed y bebed de lo que tengan, porque el obrero tiene derecho a su salario. No andéis de casa en casa.

[8] Si al entrar en un pueblo os reciben bien, comed lo que os pongan. [9] Curad a los enfermos que haya en él y decidles: Está llegando a vosotros el Reino de Dios.

➥ Después de haber enviado en misión a los Doce (Lc 9,1ss), Jesús envía a los setenta [y dos] discípulos a una misión que Lucas –y sólo él– nos ha hecho conocer. Es el mismo evangelista que, también en el desarrollo del relato de los Hechos de los apóstoles, encontrará la manera de transmitir recuerdos relativos no sólo a la misión de Pedro y de Pablo, sino también de Esteban, de Felipe y de otros discípulos del Señor.

Jesús envía a sus discípulos después de haberles recomendado que rueguen al dueño de la mies que envíe obreros a la misma (v. 2). De ahí que la oración no haya de ser entendida sólo como un apoyo a la misión, sino que es también y sobre todo parte integrante de la misma misión. Para un auténtico apóstol, la oración significa ya estar en misión, y la misión tiene su comienzo en la oración. Al enviar a sus discípulos en misión, Jesús les señala una metodología muy concreta: la imagen de los *«corderos en medio de lobos»* (v. 3) no deja lugar a ningún equívoco. Del mismo modo que Jesús, pastor, se hizo cordero por amor a nosotros, también todo verdadero pas-

tor de la comunidad debe estar dispuesto a hacerse cordero, dispuesto para el sacrificio, ofrecido por amor.

El mensaje esencial que el mismo Jesús pone en boca de sus discípulos suena así por tanto: «*decidles: Está llegando a vosotros el Reino de Dios*» (v. 9). Conocemos bien la gran densidad del significado de la expresión «Reino de Dios»: indica, en primer lugar, que los tiempos en los que resuena el alegre mensaje son escatológicos, es decir, están llenos de Dios y revelan la presencia del Dios que salva. Esta expresión señala sobre todo la presencia de Jesús en el mundo, porque a través de su persona y de su enseñanza es como Dios se hace presente en medio de nosotros con su voluntad salvífica universal.

MEDITATIO

Una mirada de conjunto a la obra lucana (evangelio y Hechos de los apóstoles) nos pone al tanto de algunas características fundamentales del tercer evangelista, sobre las que interesa centrar nuestra meditación.

Dante caracteriza a Lucas como «el escriba de la mansedumbre de Cristo». En efecto, toda su obra converge en torno a este mensaje, que puede ser considerado como el «Evangelio dentro de su evangelio». Ésa es la Buena Noticia, la única verdadera y la única buena, y Lucas siente el deber de transmitirla a toda la humanidad, y al servicio de la misma pone toda su minuciosidad de historiador, su arte literario, su fe de discípulo. Pero Lucas se nos presenta también como el teólogo de la *dimensión misionera:* así como Jesús puede ser definido como el misionero del Padre (véase su evangelio), así la Iglesia es también esencialmente misionera, porque participa de la dimensión misionera de Jesús (véanse los Hechos de los apóstoles). El carácter unitario de la obra

lucana puede deducirse asimismo de esta plena correspondencia entre la misión de Jesús y la misión de la Iglesia. Desde esta perspectiva, toda opción y toda actividad misionera debe ser concebida por nosotros como signo sacramental de la misión que Jesús recibió del Padre.

Por último, la presencia de Lucas al lado de Pablo nos lleva de nuevo a la necesidad de que todo verdadero cristiano sea no sólo receptor del consuelo que se desprende del Evangelio, sino también portador de ese don de la consolación que es fruto del Espíritu Santo, el consolador divino.

ORATIO

[...] Desde antiguo ardo en deseos de meditar tu ley y «confesarte en ella mi ciencia y mi impericia, las primicias de tu iluminación y las reliquias de mis tinieblas», hasta que la flaqueza sea devorada por la fortaleza. [...]

Tus Escrituras sean mis castas delicias: ni yo me engañe en ellas ni con ellas engañe a otros. Atiende, Señor, y ten compasión; Señor, Dios mío, luz de los ciegos y fortaleza de los débiles y luego luz de los que ven y fortaleza de los fuertes, atiende a mi alma, que clama desde lo profundo, y óyela. Porque si no estuvieren aún en lo profundo de tus oídos, ¿adónde iríamos, adónde clamaríamos? [...]

[...] Dame espacio para meditar en los entresijos de tu ley y no quieras cerrarla contra los que pulsan, pues no en vano quisiste que se escribiesen los oscuros secretos de tantas páginas. ¿O es que estos bosques no tienen sus ciervos, que en ellos se alberguen, y recojan, y paseen, y pasten, y descansen, y rumien? ¡Oh Señor!, perfecciónname y revélamelos. Ved que tu voz es mi gozo; tu voz sobre toda afluencia de deleites. Dame lo que amo, por-

que ya amo, y esto es don tuyo. No abandones tus dones ni desprecies a tu hierba sedienta (Agustín de Hipona, *Confesiones,* XI, 2,2ss).

CONTEMPLATIO

«Desde nuestra Patria, y para invitarnos al retorno, se nos han enviado cartas que cada día se leen a la gente» (Agustín de Hipona, *Sermón 378*).

El núcleo de todo lo que debemos comprender es esto: la plenitud y el fin de la Ley y de todas las divinas Escrituras es el amor. Por consiguiente, si alguien cree haber comprendido las divinas Escrituras o cualquier parte de las mismas y mediante esa comprensión no consigue levantar el edificio de la doble caridad, a Dios y al prójimo, es que todavía no las ha comprendido (Agustín de Hipona, *De doctrina christiana,* I, 36.40).

ACTIO

Repite y medita durante el día esta Palabra:

«*Señor, quédate con nosotros, porque cae la tarde*» (Lc 24,29).

PARA LA LECTURA ESPIRITUAL

En la Iglesia de Lucas se hablaba de Jesús no sólo al hilo de los relatos históricos, sino que también se le anunciaba con la finalidad de que su recuerdo suscitara en los oyentes la fe en él. Para responder a cada una de estas finalidades –la memoria histórica y el anuncio ordenado a la fe–, Lucas compuso un evangelio en el que figuran la parte de historia que sirve para conectar fe con el acontecimiento-Cristo y la parte de teología que capta en la historia el mensaje que suscita la fe.

A pesar de ciertas alusiones a la historia (1,5; 2,1ss; 3,1ss), Lucas no es propiamente un historiador; tampoco puede decirse que sea propiamente un teólogo. Lucas es más bien un «hombre de Iglesia» que, al final de los tiempos apostólicos, pretende asegurar a la Iglesia *«la solidez»* (1,4) de la tradición evangélica, que él recibe y al mismo tiempo transmite. Lucas es un recolector de recuerdos evangélicos; también es ordenador de los mismos, a fin de que éstos asuman todo su propio valor: el de ser fuentes y fundadores de la fe de la Iglesia. En un tiempo en el que, por la evaporación en las brumas del tiempo de las raíces de las tradiciones originarias presentes en las Iglesias judeocristianas y etnicocristianas, la realidad físico-histórica de Jesús empezaba a ser objeto de discusión por ciertas teologías ambiguas configuradas en la primera carta de Juan (4,1-6) y que conducirán, a comienzos del siglo II, al docetismo –cuyos defensores están marcados a fuego por san Ignacio de Antioquía (siglos I-II) como «sepultureros» de Cristo (A los esmirniotas, 5,2)–, y cuando la realidad mistérica de Jesús empezaba a ser diluida por las especulaciones judeo-helenísticas-cristianas vigorosamente combatidas por las cartas a los Colosenses (2,8-23) y a los Efesios (3,4-12), Lucas fijó el carácter real de Jesús componiendo un evangelio que salía garante de la realidad histórica de la verdad teológica de Jesús para todas las Iglesias.

La intención que guiaba a Lucas en la redacción de sus escritos era dar consistencia al pasado de Jesús en el presente de la Iglesia. Para conseguirlo Lucas estableció una serie de conexiones en las que intervienen de manera sinérgica la historia, la fidelidad a la tradición, la experiencia de fe, el anuncio de Jesús llevado a cabo mediante la Palabra y su puesta por escrito (Mario Masini).

San Pedro de Alcántara

19 de octubre

Nació en Alcántara, villa de Cáceres, en 1499. Fue bautizado con el nombre de Juan. Después de las primeras letras aprendidas en su villa natal, estudió en Salamanca artes liberales, filosofía y derecho canónico.

En 1515 ingresó en los franciscanos de la custodia del Santo Evangelio e hizo su noviciado en el convento de San Francisco de los Majarretes (Cáceres). Al profesar como fraile conventual cambió su nombre de Juan por el de Pedro. En 1524 es ordenado sacerdote. Del mismo tiempo y del mismo espíritu que santa Teresa, es contemplativo, viajero, fundador de conventos y renovador del franciscanismo.

Los propios compañeros lo presentan como un hombre lleno de celo apostólico, tranquilo y prudente, pobre y generoso, disponible y obediente, humilde y magnánimo, penitente y acogedor.

Murió en Arenas el 18 de octubre de 1562. Fue canonizado en 1669 por el papa Clemente IX, al mismo tiempo que la carmelita santa María Magdalena de Pazzis.

LECTIO

Primera lectura: Filipenses 3,8-14

[8] Es más, pienso incluso que nada vale la pena si se compara con el conocimiento de Cristo Jesús, mi Señor. Por él he

sacrificado todas las cosas, y todo lo tengo por estiércol con
tal de ganar a Cristo [9] y vivir unido a él con una salvación que
no procede de la Ley, sino de la fe en Cristo, una salvación que
viene de Dios a través de la fe. [10] De esta manera conoceré a
Cristo y experimentaré el poder de su resurrección y compar-
tiré sus padecimientos y moriré su muerte, [11] a ver si alcanzo
así la resurrección de entre los muertos.

[12] No pretendo decir que haya alcanzado la meta o conse-
guido la perfección, pero me esfuerzo a ver si la conquisto,
por cuanto yo mismo he sido conquistado por Cristo Jesús.
[13] Yo, hermanos, no me hago ilusiones de haber alcanzado la
meta; pero, eso sí, olvidando lo que he dejado atrás, me lanzo
de lleno a la consecución de lo que está delante [14] y corro ha-
cia la meta, hacia el premio al que Dios me llama desde lo alto
por medio de Cristo Jesús.

➥ Es impresionante el testimonio que Pablo da de lo que ha significado para él su encuentro con Cristo. Le ha tocado la lotería. Antes de ese encuentro, se jactaba de poseer en pureza y cumplir con rigurosidad la ley de Moisés. Ahora todo eso lo considera basura. Lo que hasta entonces era para él motivo de prestigio ahora le da vergüenza. Libremente se ha hecho prisionero de Cristo y se presenta ante los filipenses como un atleta que está ya en la recta final de la meta en la carrera por la vida eterna. Ante los espectadores judaizantes, orgullosos de la justicia que viene de la Ley, este atleta traza magistralmente su biografía: el orgullo fariseo de antaño ha visto invertido su modo de entender ganancias y pérdidas. Fichado por Cristo, creciendo en conocimiento y en intimidad con su Señor (v.8), ahora aspira exclusivamente a ganar, conocer, conquistar, con la inefable intensidad de quien encuentra energía siempre renovada al gustar ya en la propia carrera el premio que le espera.

En este testimonio personal, Pablo muestra lo que debemos hacer para imitarle y avanzar aligerados de cargas inútiles, como él, por el camino de la santidad. Nos está insinuando, en primer lugar, que evaluemos y

comparemos el valor de las cosas de este mundo con las divinas. Indica, en segundo lugar, la necesidad de identificarnos con Cristo: revestirnos del hombre nuevo. Y, por último, queda claro que no corremos solos: él fue alcanzado por Cristo. Dios siempre toma la iniciativa, sale a nuestro encuentro. Nuestra respuesta no debe ser mirar hacia atrás, añorar el pasado, sino lanzarnos hacia delante, correr hacia la meta, hacia la vocación de Dios, en Cristo Jesús.

Evangelio: Lucas 12,22-31

22 Después dijo a sus discípulos:

–Por eso os digo: No andéis preocupados pensando qué
vais a comer para poder vivir ni con qué vestido vais a cubrir
vuestro cuerpo. 23 Porque la vida es más importante que el ali-
mento, y el cuerpo más que el vestido. 24 Mirad a los cuervos;
no siembran ni siegan, ni tienen despensas ni graneros, y Dios
los alimenta. ¡Cuánto más valéis vosotros que los pájaros! 25 ¿Y
quién de vosotros, por más que se preocupe, puede alargar
su vida una hora? 26 Por tanto, si no podéis hacer ni siquiera
las cosas más pequeñas, ¿por qué preocuparos de lo demás?
27 Fijaos cómo crecen los lirios; no se afanan ni hilan, pero os
digo que ni Salomón en todo su esplendor se vistió como uno
de ellos. 28 Y si Dios viste así a la hierba, que hoy está en el
campo y mañana se echa al horno, ¿cuánto más hará por
vosotros, hombres de poca fe? 29 Así que vosotros no andéis
buscando qué comeréis ni qué beberéis; no estéis ansiosos.
30 Por todo eso se afana la gente del mundo, pero vuestro Padre
ya sabe lo que necesitáis. 31 Buscad más bien su Reino, y él os
dará lo demás.

➥ En la instrucción que Jesús va dando por el camino a sus discípulos aparece esta joya fina que habla del Padre, de su Reino y de nosotros.

Jesús nos invita a una confianza total en Dios. Es esa confianza la que nos permite dejar en segundo plano los afanes y preocupaciones de la vida cotidiana (comida,

vestido...) y nuestros problemas económicos, culturales e incluso religiosos.

El último versículo es la clave de todo el texto: buscad el Reino de Dios. Es la llamada a transformar el mundo desde la óptica de Dios. Es la llamada a cambiar desde la raíz las situaciones de quienes son maltratados en la vida: niños de la calle, ancianos abandonados, emigrantes, desempleados, enfermos crónicos...

Por las imágenes que presenta, Jesús da a entender que se dirige a discípulos y discípulas que lo han dejado todo para seguirle. Los ejemplos que pone hacen pensar que el grupo a quien habla estaba compuesto no sólo por hombres (las faenas de siembra y recolección, más propias de ellos), sino también por mujeres (el hilado y el tejido de los vestidos, ocupaciones atribuidas más a las mujeres). Los afanes y preocupaciones de la vida cotidiana han pasado a ser para ellos y ellas algo secundario, porque el Reino de Dios se ha convertido en lo más importante.

Estas bonitas palabras que invitan al abandono en la providencia no son un elogio a la dejadez ni a la negligencia; son una llamada a la libertad. La confianza en Dios supone depositar nuestra vida en sus manos de amor providente y quedarnos libres para estar al servicio de su Reino.

MEDITATIO

A veces, damos por supuesto que, para asegurar la felicidad, tenemos que poseer cosas, dinero, comodidad, éxito, personas... Pero la experiencia nos dice que, en realidad, por ese camino encontramos exactamente lo que habíamos buscado: cosas, dinero, comodidad, personas, pero no necesariamente felicidad. El problema no se resuelve buscando nuevas fuentes de satisfacción. Al contrario, cada vez que hacemos depender nuestra

felicidad de más y más cosas, esa felicidad se hace todavía más problemática e insegura, pues cada vez hay más probabilidades de que algo nos falle y nos deje vacíos e insatisfechos. Entonces crecen en nosotros la tensión, el desasosiego y hasta el agobio.

ORATIO

Loado seas, mi Señor,
por los que perdonan y aguantan por tu amor
los males corporales y la tribulación:
¡felices los que sufren en paz con el dolor,
porque les llega el tiempo de la consolación!
Y por la hermana muerte: ¡loado, mi Señor!
Ningún viviente escapa de su persecución;
¡ay si en pecado grave sorprende al pecador!
¡Dichosos los que cumplen la voluntad de Dios!
¡No probarán la muerte de la condenación!
Servidle con ternura y humilde corazón.
Agradeced sus dones, cantad su creación.
Las criaturas todas, load a mi Señor. Amén.

CONTEMPLATIO

La figura de san Pedro se agiganta y su misión reformadora se enriquece aún más si lo relacionamos con santa Teresa, presa de la misma inquietud reformadora y las mismas loquedades de un afán: vivir el Evangelio en toda su radicalidad. Providencialmente, Dios le llevó a su encuentro, que tuvo lugar en Ávila. Ella le abrió su alma y expuso su proyecto, y «*vi ya desde el principio* –dice la santa– *que me comprendía..., y me dio luz en todo*» (*Vida,* 30, 5-7). La cuestión era lanzarse por el camino de la pobreza absoluta, como estaba haciendo ya Pedro. Hasta ese momento todo eran obstáculos. La

oposición de los superiores, incluido el obispo, fue vencida por la fe y la persuasiva mediación de san Pedro, que descubrió, clarísimo, el espíritu que animaba a Teresa y la voluntad de Dios sobre su proyecto.

La santa se siente agradecida y dice: «Pedro lo hizo todo, parece que lo había guardado su majestad hasta acabar este negocio» (*Vida*, 36, 2). Pocos meses antes de su muerte, concretamente el 14 de abril de 1562, le escribe el santo una carta en la que le asegura que debe seguir el camino emprendido, pues está seguro de que ésa es la voluntad de Dios. La santa recibe tal luz que escribe en su autobiografía: «Ya con este parecer [sobre la pobreza], determiné no andar buscando otros» (*Vida*, 35, 5). Y nació la primera fundación, el convento de San José, cuna de la reforma teresiana de la orden del Carmelo.

Pedro y Teresa, almas gemelas, ambos colosales en todo, nos dejaron sus huellas y sus recuerdos en dos monumentos inseparables e insuperables, pobres de materiales, pero ricos de espiritualidad: san José de Ávila, el *palomarcico* del Carmelo, y Nuestra Señora de la Concepción de El Palancar, que son dos hermanos gemelos, como en el espíritu lo fueron Teresa de Jesús y Pedro de Alcántara.

ACTIO

Repite hoy, con los franciscanos, el himno de san Francisco de Asís.

PARA LA LECTURA ESPIRITUAL

Este santo [Pedro de Alcántara] hombre de este tiempo era; estaba grueso el espíritu como en los otros tiempos, y ansí tenía el mundo debajo de los pies. Que, aunque no anden desnudos ni hagan tan áspera penitencia como él, muchas cosas hay para

repisar el mundo, y el Señor las enseña cuando ve ánimo. Y, ¡cuán grande le dio su Majestad a este santo que digo, para hacer cuarenta y siete años tan áspera penitencia, como todos saben.

Paréceme fueron cuarenta años los que me dijo había dormido sola hora y media entre noche y día, y que éste era el mayor trabajo de penitencia que había tenido en los principios de vencer el sueño; y para eso estaba siempre o de rodillas o en pie. Lo que dormía era sentado y la cabeza arrimada a un maderillo que tenía hincado en la pared. Echado, aunque quisiera, no podía, porque su celda –como se sabe– no era más larga de cuatro pies y medio.

En todos estos años, jamás se puso la capilla, por grandes soles y aguas que hiciese, ni cosa en los pies, ni vestido, sino un hábito de sayal, sin ninguna otra cosa sobre las carnes, y éste tan angosto como se podía sufrir, y un mantillo de lo mismo encima. Decíame que en los grandes fríos se lo quitaba y dejaba la puerta y ventanilla abierta de la celda, para que, con ponerse después el manto y cerrar la puerta, contentase al cuerpo para que sosegase con más abrigo.

Comer a tercer día era muy ordinario, y díjome que de qué me espantaba, que muy posible era a quien se acostumbraba a ello. Un su compañero me dijo que le acaecía estar ocho días sin comer. Debía ser estando en oración, porque tenía grandes arrobamientos e ímpetus de amor de Dios, de que una vez yo fui testigo.

Con toda esa santidad, era muy afable, aunque de pocas palabras, si no era con preguntarle; en éstas era muy sabroso, porque tenía muy lindo entendimiento.

Como vio ya se acababa, dijo el salmo de *Laetatus sum in his quae dicta sunt mihi*, e, hincado de rodillas, murió.

Un año antes que muriese, me apareció estando ausente, y supe se había de morir y se lo avisé, estando algunas leguas de aquí. Cuando expiró, me apareció y dijo cómo se iba a descansar. Yo no lo creí y díjelo a algunas personas, y desde a ocho días vino la nueva cómo era muerto, o comenzado a vivir para siempre, por mejor decir.

(Testimonio de santa Teresa de Jesús, Libro de la vida, *cap. 27.)*

San Antonio María Claret

24 de octubre

Antonio María Claret nace el 23 de diciembre del 1807 en Sallent, Barcelona. Después de los estudios primarios en su pueblo natal, sus padres lo mandan a estudiar a la capital para que en el futuro perfeccionara y acrecentara la industria textil de la familia. Pero Tonet siente otras inquietudes. Él mismo decía: «El continuo pensar en máquinas y talleres me tenía agobiado... Cuando iba a misa, tenía más máquinas en la cabeza que santos en los altares». A los 21 años decide ingresar en el seminario de Vic y es ordenado sacerdote en 1835. Su inquietud misionera le lleva a Roma para ingresar en la Congregación de la Propagación de la Fe. A causa de una repentina enfermedad, regresa a Barcelona. Comienza su labor pastoral en una parroquia, pero lo suyo es evangelizar toda la comarca, a ejemplo de Jesús. Se da cuenta de que no basta predicar con la palabra hablada y se dedica también a la palabra escrita.

Tras predicar por Cataluña, Canarias, Cuba y en el palacio de la reina Isabel II, muere con fama de santidad en un monasterio cisterciense. Pío XII lo declaró santo el 7 de mayo de 1950.

LECTIO

Primera lectura: Isaías 61,1-6

[1] El espíritu del Señor Dios está en mí, porque el Señor me ha ungido. Me ha enviado a llevar la Buena Nueva a los po-

bres, a curar los corazones oprimidos, a anunciar la libertad a los cautivos, la liberación a los presos; [2] a proclamar un año de gracia del Señor, un día de venganza para nuestro Dios. A consolar a todos los afligidos, [3] a dar a todos los afligidos de Sión una diadema en lugar de ceniza, perfume de alegría en lugar del vestido de luto, alabanza en lugar de espíritu abatido. Se les llamará encinas de justicia, plantación del Señor para su gloria. [4] Ellos reconstruirán las viejas ruinas, levantarán de nuevo los edificios caídos del pasado, restaurarán las ciudades demolidas, las ruinas de pasadas edades. [5] Extranjeros vendrán a apacentar vuestros rebaños, extraños serán vuestros labradores y vendimiadores. [6] Y vosotros seréis llamados sacerdotes del Señor, ministros de nuestro Dios se os denominará. Comeréis las riquezas de los pueblos y os adornaréis con su magnificencia.

➥ Este pasaje del libro del tercer Isaías que leemos en la fiesta de San Antonio María Claret presenta la vocación y misión del heraldo de Dios. El profeta se siente llamado y enviado por el espíritu del Señor. La misión que se le encarga a este ungido va en dos direcciones: anunciar la liberación y curar, restaurar, consolar.

Lucas tomará este mismo texto para el programa misionero de Jesús, con una pequeña pero muy significativa variante.

- *La salvación va dirigida a la parte de la humanidad más desvalida y necesitada*: los pobres, los oprimidos, los prisioneros, los ciegos...
- *La liberación alcanza a toda la persona*, y no sólo a lo espiritual...
- *Es una Buena Noticia,* se anuncia un año de gracia. Y aquí está la variante de Jesús en el evangelio de Lucas: no habla de venganza, sino que se queda en la gracia.
- *Es una Buena Noticia para todos*. El pueblo elegido será el mundo entero: hasta los confines del mundo.

Evangelio: Marcos 16,15-20

15 Y les dijo: «Id por todo el mundo y proclamad el Evangelio a toda criatura. 16 El que crea y sea bautizado se salvará, pero el que no crea se condenará. 17 A los que crean les acompañarán estos prodigios: en mi nombre echarán los demonios; hablarán lenguas nuevas; 18 agarrarán las serpientes y, aunque beban veneno, no les hará daño; pondrán sus manos sobre los enfermos y los curarán». 19 Jesús, el Señor, después de haber hablado con ellos, subió al cielo y se sentó a la diestra de Dios. 20 Ellos se fueron a predicar por todas partes. El Señor actuaba en ellos y confirmaba su doctrina con los prodigios que los acompañaban.

➥ En este apéndice del evangelio de Marcos está el mandato misionero a los Once. El Evangelio anunciado por Jesús debe seguir adelante: por todo el mundo. La Ascensión es el glorioso final de la obra de Jesús y es, al mismo tiempo, el principio de la misión de la Iglesia. En este evangelio está vinculada la Ascensión con el comienzo de la actividad evangelizadora universal de los discípulos y un nuevo modo de presencia del Señor: «El Señor actuaba en ellos» (Mc 16,20).

Hoy continúa la misma presencia de Cristo: «Id», «proclamad», vivid y anunciad la Buena Nueva, sed artífices de fraternidad en el mundo. No excluyáis a nadie. Los únicos límites que habrá serán los que os imponga el rechazo de quienes no saben recibir vuestra paz. No tengáis miedo: Yo estoy con vosotros...

Después, como Cristo mismo y con el corazón lleno de nombres, volveremos al Padre.

MEDITATIO

La verdad es que los discípulos no estaban todavía muy preparados. En los versículos anteriores a la Ascensión, Marcos señala que no creían que el Señor esta-

ba vivo. Él mismo les echa en cara su incredulidad y su terquedad. No parecen, humanamente, ser los mejores agentes para pregonar la Buena Noticia. Sin embargo, ellos son los elegidos. La historia se repite con demasiada frecuencia. Muchos cristianos de hoy también somos tercos e incrédulos. Pensamos que la misión es cosa de otros, de gente más preparada y con dotes de palabra. Y nos equivocamos, pues todos los creyentes somos misioneros. No somos nosotros los que le hemos elegido; ha sido él quien nos ha elegido y nos ha enviado.

ORATIO

Señor y Padre mío,
que te conozca y te haga conocer,
que te ame y te haga amar,
que te sirva y te haga servir,
que te alabe y te haga alabar
por todas las criaturas.
(Del padre Claret.)

CONTEMPLATIO

Inflamados por el fuego del Espíritu Santo, los misioneros apostólicos han llegado, llegan y llegarán hasta los confines del mundo, desde uno y otro polo, para anunciar la Palabra divina; de modo que pueden decirse con razón a sí mismos las palabras del apóstol san Pablo: *nos apremia el amor de Cristo.*

El amor de Cristo nos estimula y apremia a correr y volar con las alas del santo celo. El verdadero amante ama a Dios y a su prójimo; el verdadero celador es el mismo amante, pero en grado superior, según los grados de amor; de modo que, cuanto más amor tiene, por tan-

to mayor celo es compelido. Y si uno no tiene celo, es señal cierta de que tiene apagado en su corazón el fuego del amor, la caridad. Aquel que tiene celo desea y procura, por todos los medios posibles, que Dios sea siempre más conocido, amado y servido en esta vida y en la otra, puesto que este sagrado amor no tiene ningún límite.

Lo mismo practica con su prójimo, deseando y procurando que todos estén contentos en este mundo y sean felices y bienaventurados en el otro; que todos se salven, que ninguno se pierda eternamente, que nadie ofenda a Dios y que ninguno, finalmente, se encuentre un solo momento en pecado. Así como lo vemos en los santos apóstoles y en cualquiera que esté dotado de espíritu apostólico.

ACTIO

Imitando la devoción de los claretianos a la Virgen María, repetir con ellos:

«*Inmaculado Corazón de María, en vos confío*».

PARA LA LECTURA ESPIRITUAL

Parábola del aprendiz de brujo

Una meditación en torno a la posmodernidad.

Cuenta esta historia que un joven aprendiz, en ausencia de su sabio maestro, puso en funcionamiento el artefacto inventado. El funcionamiento fue perfecto. Aquella maquinaria prodigiosa, en justa exhibición del talento que la había creado, iba destrozando todo lo que encontraba a su alrededor. La angustia del joven aprendiz fue creciendo más y más por no saber desactivar los mecanismos que detuvieran el invento.

Las consecuencias de aquella curiosidad imprudente y la moraleja de la historia son fáciles de sacar.

Algo parecido le sucede al joven posmoderno. Por un lado se considera heredero de un ingente legado de posibilidades que le posibilitan vivir con el menor esfuerzo. Ahora bien, el manual de instrucciones no se tiene ni se sabe interpretar o no se leen las contradicciones. Aquí está la danza maravillosa de la posmodernidad: los jóvenes disfrutan de todo lo que no se han esforzado en producir, pero también padecen sus más duras consecuencias.

(De las fábulas del padre Claret.)

San Simón y san Judas

28 de octubre

El evangelista Lucas califica al apóstol Simón de «*zelota*» (Lc 6,15), probablemente por el hecho de que formó parte del grupo antirromano de los zelotas. Mateo y Marcos, en cambio, le califican de «*cananeo*» (Mt 10,4; Mc 3,18). Mateo (10,3) y Marcos (3,18) llaman «*Tadeo*» al apóstol Judas, mientras que Lucas le llama «*Judas el hijo de Santiago*» (Lc 6,16). Este Judas es el que dirigió a Jesús en la última cena estas palabras: «*Señor, ¿cuál es la razón de manifestarte sólo a nosotros y no al mundo?*» (Jn 14,22). Una carta, muy breve, del Nuevo Testamento lleva el nombre de este apóstol. La fiesta de los dos santos apóstoles aparece en el calendario de san Jerónimo, del siglo VI, y en Roma empezó a celebrarse a partir del siglo IX.

LECTIO

Primera lectura: Efesios 2,19-22

Hermanos: [19] ya no sois extranjeros o advenedizos, sino conciudadanos dentro del pueblo de Dios; sois familia de Dios, [20] estáis edificados sobre el cimiento de los apóstoles y profetas, y el mismo Cristo Jesús es la piedra angular [21] en quien todo el edificio, bien trabado, va creciendo hasta formar un templo consagrado al Señor, [22] y en quien también vosotros vais formando conjuntamente parte de la construcción, hasta llegar a ser, por medio del Espíritu, morada de Dios.

➥ Para el apóstol Pablo, el misterio de Cristo y el misterio de la Iglesia están íntimamente conectados. Cristo es nuestra paz: en él todos, tanto los alejados (los paganos) como los cercanos (los judíos), encuentran el camino de la reconciliación y de la unidad. Ya no hay dos pueblos, sino uno sólo, ya no hay separación entre diferentes, sino unidad entre semejantes. Todo esto es don de Dios Padre, por medio de Cristo el Señor, en el Espíritu Santo.

En este contexto, el apóstol imagina a la Iglesia como un gran edificio, como un templo santo, como la morada de Dios. Los fundamentos de ese edificio, en el que todos habitan y viven como «*conciudadanos dentro del pueblo de Dios; sois familia de Dios*» (v. 19), son los apóstoles y los profetas. La «*piedra angular*», sin embargo, es «*el mismo Cristo Jesús*» (v. 20): él es la clave de bóveda que consolida el conjunto, en él encuentra todo el edificio su compactibilidad y puede crecer de una manera ordenada.

Desde esta perspectiva cristológica, la doctrina eclesiológica de Pablo asume una claridad absolutamente particular. En ella la presencia, el papel y el ministerio de los apóstoles asume toda su importancia. La Iglesia de Cristo, por consiguiente, es una, santa, católica y *apostólica:* en el sentido de que en ella los apóstoles, por voluntad de Dios y por una opción histórica de Jesús, constituyen el fundamento de la comunidad de los creyentes.

Evangelio: Lucas 6,12-16

Sucedió que, [12] por aquellos días, Jesús se retiró al monte para orar y pasó la noche orando a Dios. [13] Al hacerse de día, reunió a sus discípulos, eligió de entre ellos a doce, a quienes dio el nombre de apóstoles: [14] Simón, a quien llamó Pedro, y su hermano Andrés, Santiago y Juan, Felipe y Bartolomé, [15] Ma-

teo, Tomás y Santiago, el hijo de Alfeo, Simón llamado Zelota, [16] Judas el hijo de Santiago y Judas Iscariote, que fue el traidor.

➥ Jesús manifiesta una atención absolutamente particular respecto a los Doce, sus discípulos: primero los elige, después los instituye como colegio (Mc 3,13-19) y, más tarde, los envía en misión (Mt 10,1-15). Así pues, dentro del grupo de sus discípulos, Jesús reserva a los Doce un trato absolutamente especial: a buen seguro en vistas a su misión, que es también especial. Para proceder a esta elección decisiva de su ministerio público, Jesús se prepara –y Lucas lo subraya– pasando toda una noche orando en el monte. Por eso, en la tradición de la Iglesia toda gran decisión se prepara con una intensa y prolongada oración.

Antes de elegirlos, Jesús llama a sus discípulos: la vocación figura siempre en el origen de toda institución o ministerio eclesial. Después de haberlos llamado, Jesús les impone el nombre de «apóstoles». Aunque este título les parece tener color y origen pascual a los especialistas, aquí Lucas lo atribuye *ante litteram* a los Doce con la intención evidente de expresar la importancia que tiene este colegio en el seno de la Iglesia que Jesús va a fundar.

MEDITATIO

La liturgia de hoy nos pone ante la relación entre oración y misión. En primer lugar, es Jesús el que aparece como modelo insustituible. Su ejemplaridad está explicitada por el evangelista Lucas de un modo totalmente evidente, y no sólo en ésta, sino también en muchas otras circunstancias. Permanecer en oración antes de decidir, orar para discernir según el plan de Dios, orar en vistas a las grandes decisiones de la vida, tanto en el

ámbito personal como en el comunitario: desde esta perspectiva, no hemos de considerar la oración como un momento separado de la vida, sino como una actitud previa que nos introduce en la experiencia personal y eclesial.

Emprender la misión después de que la comunidad y su responsable se hayan recogido en una prolongada oración significa confiar la misión y su desenlace a aquel que es su primer responsable: el dueño de la viña, el pastor del rebaño, el Señor de su pueblo. Cuando se dice que la oración es vida y que la vida puede ser oración no se hace otra cosa más que confirmar la certeza de que, en una visión de fe, todo sucede por voluntad divina, por la voluntad de Aquel a quien nos confiamos precisamente mediante la oración.

ORATIO

El mundo tiene necesidad de ti, Señor: envía a tus apóstoles para que lleguen a los últimos confines de la tierra y proclamen en tu nombre la Buena Noticia de Jesús muerto y resucitado.

El mundo tiene necesidad de ti, Señor: elige también hoy entre nosotros a personas capaces de representarte y de hablar en tu nombre con un extremo valor en cualquier situación de vida.

El mundo tiene necesidad de ti, Señor: no sólo la parte de la humanidad que no te conoce todavía, sino también la que, aun conociéndote, no te reconoce como único Señor y maestro.

El mundo tiene necesidad de ti, Señor: te pedimos con todo el impulso de nuestro corazón que tu Iglesia, de una manera valerosa y humilde, se haga portavoz tuyo y te proclame ante toda la humanidad como el único Señor y Salvador.

CONTEMPLATIO

Sí, la esperanza. Si esta virtud no nos sostiene, no es cierta nuestra perseverancia y podremos perdernos por el camino, lo que, por desgracia, hoy es muy fácil. Es fácil renunciar a los ideales de la vida cristiana: primero, porque son difíciles y lejanos; segundo, porque la psicología del hombre moderno está dirigida a la consecución, más aún, al goce de bienes fáciles e inmediatos, de bienes exteriores y sensibles, más que a los interiores y morales; tercero, porque el oportunismo está de moda. El éxito cercano y propio ocupa el sitio de los ideales, obligados a duras resistencia y a antipáticas posiciones. El entusiasmo de la resistencia, del coraje, del sacrificio, es sustituido por el cálculo de la utilidad, la aceptación de la moda, la confianza en la mayoría, la molestia de sostener la parte de una precisa, fuerte e incómoda impopularidad; posiciones psicológicas y otras semejantes que no saben vivir la esperanza.

La esperanza es la conciencia que tiene el cristiano de estar inserto ya desde ahora, mediante la gracia del Espíritu Santo, en un gran plan de salvación, para el que su propia suerte está envuelta por una promesa no ilusoria (Pablo VI).

ACTIO

Repite a menudo y medita durante el día esta Palabra:

«*Jesús eligió entre ellos a doce, a quienes dio el nombre de apóstoles*» (Lc 6,13).

PARA LA LECTURA ESPIRITUAL

Nos desvivimos con frecuencia por disponer dirigentes con la convicción de que es esto sobre todo lo que hace falta para que la cosa funcione, y la cosa sería la Iglesia. Y lo que deberíamos

hacer antes que nada es ser y hacer progresar auténticos «gestos espirituales», como el encuentro con Dios, la conversión al Evangelio, el arrepentimiento, la acción apostólica de cara al prójimo, etc. De bien poco sirve pulir la estructura de un programa o de un trabajo: lo que cuenta es obtener una oración pública o privada que sea una verdadera oración, una *metanoia* que sea verdaderamente un movimiento de penitencia y de conversión, una comunión que sea una verdadera intimidad, una fe que sea una convicción decisiva.

Sin embargo, son demasiados los que se desviven detrás de una pastoral de las cosas, donde los hombres, valgan mucho o poco, sirven sólo para llenar la casilla que se les ha predispuesto, como si su tarea fuera sólo la de mantener en pie un sistema ajustado de cosas y, si es posible, hacerlo prosperar. Así, dentro de ciertos programas óptimamente pulidos de «religión» falta precisamente lo que es el acto religioso, el gesto espiritual. Es evidente que, en un ambiente semejante, los cristianos deben encontrar muchas dificultades para nacer. Por tanto, en primer lugar, se debe buscar y suscitar el «movimiento espiritual» del hombre, un acto que sea propio de alguien, que se comprometa con toda su espiritualidad y tal que el Espíritu Santo pueda colaborar en él (Yves-Marie Congar).